

EDICIONES
BISTAGNE

1^a pla



**MADAMEKELLE
DOCTOR
LA RIVAL DE
MATA-HARI**

**MYRNA LOY
HERBERT MARSHALL
LIONEL ATWILL**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

MADemoiselle DOCTOR

(La rival de Mata-Hari)

Intrigante asunto de espionaje que pone al descubierto los ingeniosos trucos de los agentes secretos y en que la belleza de una peligrosa mujer crea una apasionante novela de amor.

Dirección de **SAM WOOD**



Es un film de la prestigiosa marca

Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por

Metro-Goldwyn-Mayer

Ibérica, S. A.

Mallorca, 201 y 203 - BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES

Mirna Loy

George Brent

Lionel Atwill

C. Henry Gordon

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería.
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

MADemoiselle DOCTOR

Argumento de la película

Ana María, la hermosa reclusa en aquella casa de salud, se había acercado a la verja, contemplando a través de los barrotes, el suave panorama de la carretera con las verdes montañas que le servían de fondo. Permaneció allí mucho tiempo, los ojos fijos, la expresión dulce y melancólica, el cabello suavemente alborotado bajo el aire fino del atardecer.

Una de las hermanas, suave visión de albas tocas, la advirtió cariñosamente:

—Convendría que se retirase usted a descansar, señorita.

Movió la cabeza.

—Estoy esperando a un amigo, hermana.

—Ya esperó usted bastante... Quizás mañana...

—¡Yo creo que vendrá hoy!... Hasta me parece oír el ruido del coche... Escuche... ¿No lo oyó usted también?

—No, hija mía.

—¡Oh... yo sí, hermana!... Es un ruido muy lejano... pero le oigo muy bien.

La hermana suspiró con tristeza y cambió una mirada con Sor Ursula que acababa de acercarse al grupo.

¡Pobre Ana María, la de la imaginación perturbada por una vida violenta y dura, la criatura sencilla, buena, ya casi absolutamente normal en todo a no ser por aquella ilusión, repetida cada día como los espejismos del desierto!...

¡Pobre Ana María! Esperando todos los días que llegara el amado...

sin que apareciese su silueta por el camino blanco de la carretera...

—¿De veras no oye usted nada?
—repitió.

—Nada, hija.

—¿Y usted, Sor Ursula?

—¡No, nada!

—Pues yo lo oigo... Ya está aquí... ya está aquí...

—Vamos, es hora de retirarse, señorita... Tal vez mañana venga... Hoy no...

Aun quiso permanecer allí, pero el aire de la noche comenzaba a ser perjudicial y era hora de recogerse. Y decepcionada por aquella vez, con una decepción momentánea que al día siguiente sería sustituida por la esperanza, se dejó conducir del brazo por las dos monjas, discretas, suaves, cordiales...

¡Pobre Ana María! Sobre el cañamazo de su vida, el destino había tejido hilos de sangre.

* * *

Año 1915. Plena guerra. El mundo en una conmoción brutal, más heroica y bárbara cada día... Los pueblos en armas luchaban con todos los procedimientos, con todos los refinamientos, con todas las cautelas... Y tras de los campos de batalla, la red túpida del espionaje hecha de traición, de engaño, de disimulo, de egoísmos.

En Berlín como en todas las capitales la organización del espionaje estaba constituida con una precisión de reloj, en que cada pieza tenía señalada una misión y en la que el fa-

llo más leve de una de ellas podría detener la maquinaria central.

Von Sturm, jefe del servicio de contraespionaje, hombre astuto, frío, de talento, había sido llamado al Ministerio de la Guerra. Un alto jefe del ejército y otro de la marina le aguardaban. En la gravedad de sus rostros se denotaba la trascendencia de lo que se iba a tratar.

—Herr von Sturm, parece ser que la escuadra inglesa continúa avanzando sin contratiempos de ninguna clase en el Estrecho de los

Dardanelos... Y nos asegura el comandante Ehrhardt que el Almirantazgo considera imposible tal avance... a no ser que cuente con unos planos en que se marquen todas las minas submarinas.

—Es indudable — corroboró el marino — que... sin tener datos concretos, cualquier buque que se aventurase a navegar por el estrecho de los Dardanelos, volaría en mil pedazos...

—Y si perdemos los Dardanelos... ello equivale a perder la guerra... Sospechamos del propio Ali Bey, el comandante turco de la plaza.

Von Sturm frunció el ceño.

—¿Ali Bey?... Pero no se puede acusar de traidor al comandante general de los Dardanelos, sin tener pruebas concretas.

—¡Exacto! ¡Hacen falta pruebas precisas, irrecusables!

—Por otra parte — continuó von Sturm — no sería difícil, valiéndonos de la diplomacia, alejarle de allí... trasladarle a otro puesto.

—Hasta ahora no hemos encontrado base en qué fundamentar la petición de traslado.

—Sí, claro.

—Y el asunto no es cuestión de

semanas... ni de meses, sino de días... quizás de horas... Debemos desenmascarar al traidor en seguida, sea quien sea, sin darle tiempo a que venda los planos.

Von Sturm se inclinó.

—Yo les aseguro que haré todo lo posible...

—Lo posible no es bastante... Si el servicio de contraespionaje que usted dirige no logra alcanzar el objetivo... habrá que buscar otro procedimiento... ¿Por qué no se decide usted a encargar a la "Señorita Doctor" de esta delicada misión?

—Nada me complacería tanto como eso... pero no sé nada de ella hace más de tres semanas... Fué a la frontera del Oeste con una misión también difícil y... estoy temiendo una desgracia.

—Creo como usted que sería una gran pérdida para nuestra causa.

—En fin, enviaré en seguida mi mejor agente a Constantinopla.

—No se trata de un caso vulgar... Estamos en un momento decisivo... Si es cierto que Ali Bey vende nuestros planos a los ingleses y no logramos descubrirle inmediatamente... nuestra patria está perdida... Es preciso, von Sturm, que nos salve de este desastre.

—Excelencia, confíe en mí.

Estrechó la mano de los dos hombres y marchó tieso, hierático, dispuesto a cumplir al pie de la letra lo que se le acababa de encomendar.

Ya en su despacho llamó por teléfono preguntando si había noticias de "La Señorita Doctor" y le informaron en sentido negativo. Esto le contrarió. ¿Qué se habría hecho de aquella mujer, bella, suntuosa, que tenía el espíritu del espionaje en las venas y que él ahora hubiera necesitado para mandarla a Stambul? ¡Ah! ¿La habrían sorprendido y fusilado? ¡Ana María, flor de patriotismo y de amor!

—Envíenme al uno, uno, siete — ordenó.

No tardó en presentarse von Kruger, uno de los espías, audaz, atrevido, eficaz para el complicado plan.

—Siéntese usted, Kruger — le dijo amablemente—. Dígame ¿qué conoce usted de Turquía?

Kruger sonrió.

—¿De Turquía?... El café concentrado, las mujeres gruesas, los aromas penetrantes...

—Tiene usted que ir a Turquía como agente inglés... No creo ne-

cesario decirle que el Servicio Alemán de Informaciones no le prestará ningún auxilio... si encuentra dificultades... La misión es difícil... Si le descubren, le fusilarán a usted como a un espía inglés.

Kruger era valiente.

—¿Igual que a un inglés?... ¡Qué honor para un alemán!...

—Pase lo que pase no comprometerá usted a nuestra organización, a nuestra patria.

—Pase lo que pase, yo sabré morir... como un caballero inglés.

—Saldrá usted tan pronto como estén sus documentos...

Llamó a uno de sus secretarios y dijo:

—Que pase esa mujer belga.

—¿Y las instrucciones para el cumplimiento de mi misión? — preguntó Kruger.

—Ya se le darán con todo detalle... Por ahora nada más... Prepárese para el viaje.

Apenas Kruger hubo salido, entraron unos agentes con una mujer joven vestida como una pueblerina y cuyo rostro se ocultaba casi entre un tupido pañuelo.

—La prisionera, señor.

Von Sturm la miró de reojo.

—¿La han registrado?

—¡Sí, señor! No le hemos encontrado nada.

—¿Nada?

—Nada, señor, pero su traje es sospechoso.

—Está bien. ¡Retírense!

Y apenas quedaron solos, la prisionera y von Sturm rompieron en una carcajada.

La mujer retiró su pañuelo dejando ver el rostro juvenil, encantador, de ojos magníficos.

—Bien, bien... "Señorita Doctor"... ¡Qué alegría verla de nuevo!... ¡Sin noticias tuyas tanto tiempo!

—Me fué imposible comunicar con usted. Aquí no quise descubrirme tampoco... Por eso he venido como prisionera.

—Estábamos intranquilos... Yo llegué a temer que hubiese usted muerto...

—¡Ah, no! Pero moriré sin remedio si no tomo un baño ahora mismo.

—Nada más fácil... Aquí tiene usted el mío — contestó abriendo una puerta lateral—. Telefonaré para que le traigan a usted alguna ropa y mientras tanto podremos hablar...

Mientras telefoneaba, ella prepa-

raba el baño con el placer de la mujer elegante a la que el contacto del agua es algo fundamental.

Reía alegremente y en su rostro bello y con una expresión misteriosa se dibujaba la ironía.

—El Savoy Hotel de Londres tiene mejores instalaciones... Allí los grifos de agua caliente echan agua caliente... ¡Ah!, me entretuve en París más de lo que pensaba... pero conseguí mi objeto...

—Nunca dudé que lo lograra.

—Y a propósito — prosiguió ella—. He visto a Mata-Hari... Conveniría que usted la llamase sin perder minuto... Está enamorada del ruso cuya vigilancia se le encomendó...

—¿Está usted segura?

—¡Segura! En distintas ocasiones he logrado cerciorarme...

—¡Oh... oh!... ¡Voy a llamarla inmediatamente!

—¿Utilizando la clave N. M. 4? Von Sturm se volvió rápidamente.

—Es la que conocen los franceses.

Ana María remarcó:

—La que indudablemente ha vendido ella a los franceses.

—¡Cuánto daría por comprobarlo!

—Y yo también.

Von Sturm permaneció pensativo.

—Si uso la clave N. M. 4. descubrirán su traición... ¿Usted me entiende? Y la fusilarán. ¿Se da usted cuenta?

Se estremeció la espía, pero pensó que cualquiera que no cumpliera estrictamente su oficio en tiempo de guerra, no podía merecer piedad.

—De lo que me doy cuenta es de que una mujer enamorada... no tiene secretos para el hombre a quien quiere.

Von Sturm miró satisfecho a Ana María, la espía conocida por "La Señorita Doctor". Era una mujer leal, inflexible, que jamás haría traición. Dueña de una hermosa juventud, de una belleza magnífica, podrían aquellas cualidades servir de señuelo a los incautos, pero nunca se entregaría de una manera espiritual y profunda. Aquella mujer parecía haber nacido para espía, pues era hábil, astuta, fina y todas aquellas facultades soberanas en el oficio las ocultaba bajo una sonrisa de ingenuidad, de niña linda y cán-

dida, lo que la hacía doblemente peligrosa.

—¡Ah! ¿Por qué no será Mata-Hari como usted?

Ana María sonrió.

—Mi norma es inflexible... Nunca debe mezclarse el amor a la patria con el amor humano...

Iba a bañarse ya... Se despojó de su blusa y la tiró al contiguo despacho de von Sturm que la recogió en el aire.

—Aquí va la clave — explicó—. Aplique usted la solución B doble X a la manga derecha.

—Perfectamente...

El jefe vertió una sustancia química sobre una de las mangas de la blusa a fin de que surgiese la tinta invisible en que estaba escrita la información.

—En cierto modo no fué muy fácil obtener esa información — explicó—. No sé con quién es más fácil tratar... si con los ingleses porque no sospechan de nadie... o con los franceses porque sospechan de todo el mundo.

—¡Discreta observación!

Ya la tinta se hizo visible. Von Sturm descifró las letras de la clave:

—¡Hum! Cuarta división... dos-

cientas treinta y seis piezas... tres depósitos de municiones... y doce campos de minas...

Ana María aclaró:

—Hice ese descubrimiento cuando estaba observando el número 232... y la pieza de resistencia... Y ¿qué hay de nuevo por aquí?

Von Sturm, que tenía en ella una confianza ilimitada, fué bien explícito.

—Esta mañana me han llamado desde el Ministerio de la Guerra.

—Les preocupa el asunto de los Dardanelos, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque lo he comprobado en Inglaterra.

—Y... sospechan de Ali Bey.

—También yo... — añadió con la seguridad del que conoce a la perfección su oficio—. Pero va a ser muy difícil probarlo.

—Pues no hay más remedio... Voy a enviar el 117 a Constantinopla.

—¿A Kruger?

Y las hermosas pupilas se ensombrecieron.

—¿Tiene usted suficiente confianza en él?

—¡Claro! ¿Por qué no he de tenerla?

Ana María no contestó directamente:

—¡Bien! ¿Y cuándo sale?

—En cuanto estén todos sus documentos en regla... Pero, ¿qué está usted pensando?

—¡Oh, nada! Pero... no saldrá antes de mañana, ¿verdad?

—No... ¿Por qué?

—Por curiosidad... Y gracias por el baño.

Y mientras continuaba en el baño, el famoso von Sturm seguía analizando los documentos y meditando sobre las palabras de Ana María que parecían proyectar nubes de sombra sobre la honorabilidad de Kruger.

* * *

Kruger se dirigió a casa de un dentista... Ignoraba el espía alemán que Ana María le estaba vigilando. Aquella mujer fina, cautelosa, sabia, sospechaba con una visión que ella creía de absoluta realidad, del que iba a ser enviado a Constantinopla.

Kruger entró en el consultorio del dentista, un extranjero de patria indefinible.

El médico estaba en aquel momento realizando una operación a un cliente, un hombre joven y de buen ver.

—Buenos días, doctor Leder... ¿Puede reconocirme en seguida?

Leder sonrió e invitó a su primer cliente:

—¿Quiere usted pasar cinco minutos a la antesala? Este caballero tenía pedida hora... Es un caso muy urgente.

El joven, con acento extranjero, dijo:

—Con mucho gusto... Tome, chóquela... y buena suerte.

Y estrechando la mano de Kruger salió a esperar en la antesala.

Kruger ocupó el sillón y dijo en vez baja al dentista:

—Me envían a Constantinopla.

Hizo el doctor un signo de inteligencia y sin decir palabra comenzó a operar sobre los dientes del espía. Quitó una muela postiza que éste llevaba e introdujo en un huequcito de su interior un papelito con clave...

Aquellos dos funcionarios al servicio del espionaje aliado, preparaban hábilmente sus medidas.

El joven se impacientaba en la antesala.

—¿Quiere usted darse prisa, doctor? —gritó.

Pero en seguida, sin que pudiera aguardar la respuesta, varios hombres se precipitaron en la habitación. Mientras dos de ellos se arrojaban contra él, los otros irrumpían en el despacho del dentista, procediendo a la detención de éste y de

von Kruger e incautándose de los dientes postizos.

Todo fué instantáneo, sin que tuvieran tiempo de defenderse. No osaron tampoco la menor resistencia y se entregaron bajo el asombro de aquella detención inesperada, que les había cogido en plena responsabilidad.

Creyendo que el joven que esperaba era también cómplice, le esposaron a pesar de sus ardientes protestas.

—¡Déjenme! ¡Déjenme! ¿Qué he hecho? ¿Esto es una clínica o una casa de locos? ¡Déjenme!

Pero fué conducido en un automóvil a la delegación de policía.

A la mañana siguiente von Sturm hablaba de aquel suceso con Ana María, la famosa "Doctora" que, deseosa de no llamar la atención estando en el despacho del jefe, vestía un traje anticuado, un peinado absurdo y en toda ella denotaba rancia antigüedad.

—Es increíble... increíble —decía von Sturm, satisfecho por otra parte del golpe de vista, de verdadera águila caudal, de aquella mujer.

—En su vida particular Kruger no es otro que Bertram Church...

del servicio de información inglesa.

—No... no... Mejor diría usted era... Bertram Church del Servicio de Información Inglesa.

Ante los ojos de los dos apareció la sombra del traidor fusilado... ¡Bien lo merecía!

Ana María rompió el grave silencio:

—Tengo que ser identificada como K 6. Creo que esto puede ser un instrumento infalible para el agente que envíe usted a Constantinopla.

—¡Exacto!... Usted misma será quien vaya a Constantinopla... en calidad de K. 6.

Ana María se echó a reír.

—Pero yo no prometo morir como un caballero inglés...

Oyeron voces, un griterío confuso.

—¡Ah! Ese debe ser el norteamericano... que estaba en la clínica del doctor Leder... Creo que convendría interrogarle...

—¡De acuerdo! Pero la verdad es que arma demasiado ruido... aunque sea norteamericano.

—Lo mismo haría usted si el Servicio Secreto Alemán le hubiese es-

tado hurgando en las muelas toda la mañana.

—¿Y encontraron algo?

—Mordiscos en los dedos... Eso fué lo único que encontraron...

Entraron dos agentes conduciendo al joven americano que daba grandes muestras de indignación.

—¡Soltadle! — ordenó von Sturm.

El yanqui paseó su mirada sobre Ana María y von Sturm y luego dirigiéndose a éste y con cólera mal contenida, dijo:

—Escuche usted... ¿Se puede saber a quién le interesa aquí tanto mi dentadura?... Si es al Kaiser, dígame que esta filigrana está construída por el doctor Evans... de Pittsburgh, y asunto concluído.

Era un muchacho alto, vigoroso, de simpática expresión, de ojos donde parecía asomar el alma sencilla del yanqui. Hablaba a grandes voces, proclamando su inocencia.

Von Sturm le habló suavemente:

—¡Ah, ah!... Ayer tarde se condujo usted insolentemente con algunos agentes que estaban cumpliendo su obligación. ¿Qué tiene usted que contestar a esto?

—Estaba empastándome las muelas. ¿Es preciso en Alemania obte-

ner un permiso especial para empastarme las muelas?

—No. Sólo nos interesa averiguar con qué material empastan algunas muelas.

—Yo soy partidario del patrón oro — dijo riendo y mostrando un incisivo de este metal—. Luce más... es duradero y cuando uno se sonríe, le da cierto aire de importancia.

Ana María le contemplaba de reojo, pero pareciendo penetrar hasta su interior.

—Usted es norteamericano, estudiante de medicina en Leipzig, ¿no? — preguntó el jefe.

—¡Eso es!

—Y su nombre de usted es... Douglas Beall.

—¡Desde que nací!

—Bien — dijo consultando unos papeles—. Parece ser que ha habido un error... Puede retirarse...

—¡Oh, gracias! Y he tenido mucho gusto en conocerle — añadió con la despreocupación simpática de su carácter de buen muchacho que sólo cultiva el estudio y los sports—. Y cuando usted quiera le invito a tomar unos dobles de cerveza.

Y después de mirar cómicamen-

te a Ana María, salió tarareando un aire de su tierra.

Ana María comentó:

—¿Está usted seguro de que ese individuo no está complicado en esto?

—Porque no lo estoy, va usted a encargarse de averiguarlo.

—¡Magnífico!

Y Ana María se propuso con los ardides propios de su espíritu de espía, trabar relación con el yanqui. Era preciso saber si tenía alguna complicidad en aquel asunto o si se había encontrado casualmente allí.

* * *

Aquella misma noche acudió Ana María a un café donde había averiguado iba Douglas Beall.

Era necesario entablar relación con él para penetrar en su vida y sorprenderla. Y allá fué acompañado de otro espía, Escort, un agente de la brigada secreta.

Vieron a Beall sentado a una mesa y ocuparon otra cercana con la intención de que él pudiera escuchar su diálogo.

Beall no habría reconocido nunca en aquella dama elegantísima, a la estrambótica secretaria de von Sturm.

Como al desgaire paseó ella su mirada por el estudiante americano y éste sintió la dulzura de aquel

mirar femenino que parecía prometer pasiones novelescas.

Y mientras ella bebía el champán, no cesaba de asaetar al americano que se sentía arrebatado por aquella belleza y atraído por la conversación que Ana María sostenía con su acompañante.

Escort efectuaba magníficamente su comedia.

—¿Es que te propones desdeñarme así toda la noche? — le decía.

—¿No tengo motivos? — respondió ella.

—Ya te he explicado un centenar de veces lo que ha ocurrido en realidad.

—Y un centenar de veces lo he oído también... y cada vez de una

manera distinta... Así que no me interesan tus explicaciones.

—Pero, por favor... ¡Escúchame!

Subía el diapasón de sus voces. El yanqui seguía prestando atención acreciendo su odio contra aquel sujeto de rostro poco simpático que molestaba a la hermosa.

—Con tu permiso me retiro — dijo ella disponiéndose a marcharse.

—¿Sola?

—¿Y por qué no?

El agente endureció la voz.

—Tú has venido aquí conmigo... y no te marcharás mientras yo no quiera.

—¡Tomaré un taxi!

—¡Te prohibo que te muevas de aquí!

Y la cogió por la muñeca.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

Beall anhelaba arrojarle contra aquel sujeto poco galante. Pero se contuvo aun, a pesar de que su sangre joven bullía en arranques de indignación.

—Ya he dicho que no te irás de aquí si no es conmigo.

—Y yo te digo que me iré sola.

Y levantándose salió del salón,

seguida del agente que continuaba la sarta de sus amenazas...

Beall marchó también a la calle, aguardando a pocos pasos de la pareja para ver la derivación del asunto.

—Voy a llamar a este taxi.

—No te irás. Te quedarás hasta que yo disponga.

Beall no pudo más. Alma noble, gentil, caballeresca, avanzó hacia ellos y encarándose con el agente le dijo en tono desafiador:

—Perdóneme que intervenga, pero creo que a la señorita no le agrada su compañía.

Escort le miró con furor.

—¿Por qué se mete en lo que no le importa?

—¡Perdóneme! Usted me permite que...

Hizo el otro ademán de agredirle, pero antes de que pudiera consumir los hechos, Beall le incrustó un fuerte puñetazo que le derribó en tierra, produciéndose el alboroto consiguiente.

Pareció Ana María un poco desconcertada y Beall, cogiéndola por un brazo, le dijo:

—¡La policía! ¡Suba usted!

Abrió la puerta de un taxi y en-

traron en él, mientras unos agentes recogían al agredido.

—¿Está usted herido?

Este sonrió con cierta complacencia.

—No... no ha sido nada.

La cosa no había podido ir mejor. Ana María había logrado ya entablar relación con el americano sospechoso... Espía de dotes impecables, otra vez estaba en acción.

En el coche Beall, que había dicho algo en voz queda al chofer, se sentía satisfecho de haber librado a aquella damita tan bella y fina de las acechanzas de un galán fracasado... Ella sonreía suavemente acariciando sus guantes de gamuza.

—¡Bien! — dijo Beall—. Al menos ya no nos sigue.

Le envolvió en su mirada profunda, dulce y un poco melancólica, de mujer que conoce bien a los demás.

—¿Cómo quiere usted que nos siga? — dijo en tono disgustado.

—¿No se habrá usted ofendido? Es que yo creo que nunca hay razón para tratar tan bruscamente a una mujer, excepto en defensa propia... Crea usted... me voy convenciendo de que en Berlín todos son combatientes... no me refiero a la guerra... sino al individuo...

—A mí siempre me han parecido individualmente... pacíficos.

Beall sonrió con franqueza de buen muchacho.

—Eso demuestra lo poco que los conoce... Ayer mismo me armaron un zipizape, sólo porque entré en una clínica a arreglarme la boca.

Ana María sonreía.

—¿De verdad? — preguntó, fingiendo sorpresa—. ¿Qué le pasa a usted en la boca?

—¡La muela del juicio! ¡Mírela usted! Me ha dado muchos disgustos... Sí... Hasta me ha puesto frente a... una especie de juez de paz... Un tío muy áspero que parece que se desayuna con papel de lija... Y no es esto lo peor, sino que tiene allí a una persona ejerciendo de secretario que daña la vista con sólo mirarla.

Ana María apenas podía contener la risa que le causaba aquel joven que ella, con rápida percepción de la realidad, acababa de comprender que era ajeno por completo a todo espionaje, habiéndose encontrado por puro azar entrometido en un episodio.

—¿Y quién era ese secretario? ¿Un hombre?

—¡Una mujer!... Es difícil que

pueda usted imaginarse una cosa más rara... Yo no lo creería si no la hubiese visto... y aun así, no estoy seguro de que no haya sido una pesadilla... Sí... En cambio, usted... ¡Qué linda!

Ana María siguió sonriendo.

—¿Por contraste?

—¡No! Usted es encantadora... dulce... deliciosa... pero sin contrastes...

—¡Gracias!

—¡Oh, nada de gracias! Es la verdad — siguió diciendo con una franqueza ruda, nacida espontánea del corazón—. Oiga usted... Se me ha ocurrido una idea... ¿Por qué no vamos a un sitio dónde podamos charlar un rato y oír algo de música?

—¿Y cuál es ese sitio si es que puede decírmelo?

—Mis habitaciones... en el Hotel Excelsior.

—¿Tengo yo aspecto de ser una mujer que va a las habitaciones de un desconocido?

—Si así fuese, no insistiría.

El coche se detuvo ante el Hotel Excelsior, dirección que había él dado al chofer al subir.

—¡Oh, mire! ¡Qué feliz casualidad!... El chofer ha parado a la

puerta de mi hotel... Debe de ser adivino.

—O eso... o que no se le ha olvidado la dirección que usted le dió al oído.

Pareció ruborizarse.

—Puede que tenga razón. Bueno, ¿quiere subir?

Aunque convencida de que nada tenía que ver con el espionaje, ella quiso comprobarlo absolutamnte y llevada también de cierta simpatía que le inspiraba el americano, accedió.

Llegaron a la habitación que ocupaba el joven. Beall se deshacía en palabras corteses, llenas de admiración para la mujer que era su huésped... Libre hasta entonces de toda influencia amorosa, se sentía arrebatado por un fuego nuevo que devoraba sus venas.

Ana María se dejó caer en un mullido diván.

—Veo que es usted fiel admirador de la comodidad.

—Lo fui en otro tiempo... Ahora creo en el amor.

—Y... ¿qué hace usted en Alemania?

—Estudio medicina en Leipzig.

Soy norteamericano.

—Me lo había figurado.

—Pero no hablemos de mí... hablemos ahora de usted.

—¿Cree que eso será interesante?

—Creo que es lo más interesante para mí en este momento.

Ella le miró atraída por el impulso juvenil y noble.

—Celebro que diga usted... “en este momento”... Así afirma usted su condición de hombre franco.

—Bueno, he dicho en este momento, porque si le dijese “para siempre” mentiría...

Y rió con sonora carcajada... Luego fué a servir unas copas.

—¿Qué quiere usted? ¿Oporto o Jerez?

—Prefiero Jerez...

—¡Por su belleza!

Ana María brindó por él y por primera vez sintió el peligro de estar interesada por alguien.

—¡Es usted un hombre encantador!

Beall besó sus manos.

—¿Cuándo se dió usted cuenta de ello?

—Desde la primera mirada que me dirigió usted en el café... ¿Creía que yo no lo observaba?

—¡Sí! Ya sabía yo que usted me veía — repitió orgulloso—. Y tam-

bién sabía que usted no quería que yo supiera que yo sabía que usted me había visto... Por lo tanto quedamos en que usted no me había visto.

El embrollo de tales palabras hizo reír a Ana María.

—Esas atenciones las agradecemos mucho las mujeres...

—¡Qué humoradas tiene la vida!... Un día le prenden a uno... y al día siguiente, ese uno tiene la dicha de encontrarse solo, al lado de la mujer más hermosa del mundo...

Intentó besarla en la boca, pero Ana María en un movimiento rápido se levantó, esquivando la caricia y consultando su relojillo de pulsera.

—Es necesario que me vaya... Me parece que ya debe ser tarde.

Beall la cogió por un brazo. Juvenil e ingenuo, sus palabras eran un reflejo de su alma.

—Escuche... ¿No quiere usted que le haga el amor?

Ana María le miró muy hondo... y sintió que se estremecía su corazón... Algo arañó en su alma como una pulsación, como un aviso de que el espíritu femenino no era ajeno a los indeclinables sentimientos del

amor. Pero al mismo tiempo la voz de la prudencia, la necesidad de no dejarse someter jamás a ninguna voluntad, pudo más que lo otro.

—¿Por qué lo he de querer? —contestó.

—Eso precisamente me estaba preguntando yo... ¿Le sorprendería saber que estoy enamorado de usted?

—Sí.

—También yo me sorprendo... Acabo de enterarme ahora.

—Los americanos son ustedes maravillosos... Toman sus resoluciones en el acto.

—Es que yo no podría ocultar mis sentimientos, aunque fuera un esquimal... ¿Ni siquiera le soy... simpático?

Ana María le sonrió con una de esas sonrisas lindas que dan a la vida panoramas insospechados.

—Es usted algo más que eso.

—¿Le molestaría una pregunta indiscreta? ¿Cómo se llama?

No quiso dar su verdadero nombre.

—Helene... Helene Bohlan.

—Es usted deliciosa, Helene Bohlan... ¿Se quedará aquí de verdad? ¿Yo no quiero que se vaya!...

Dígame que no se irá... dime que no...

Y sus labios besaron los de ella, que esta vez, sintiendo como una sacudida en el alma, no negó la caricia...

—¡Oh, qué encantadora eres!

Ana María, pasado el instante de turbación, reaccionó rápidamente. ¿Estaba loca? ¿Iba a comprometerse con aquel muchacho, ella que debía sólo recorrer caminos de libertad?... Tomó una decisión... Se pasó las manos por la cabellera rubia y exclamó:

—¿Encantadora con esta cabeza tan descuidada?

—¡Sí! ¡Eres encantadora siempre!

—Presumiré de ello... ¿Me dejas que me peine?

—Ven conmigo.

Se dirigieron al cuarto tocador.

—Aquí encontrarás todo lo necesario, Helene.

—En efecto.

Y mientras ella alisaba su suave cabello, Beall decía con su charla incansable:

—Escúchame, Helene... Yo te quiero... Esta es una frase vulgar... Lo sé... Muchos dicen lo mismo, lo sientan o no... y aun cuando no

lo sientan, no aciertan a decir otra cosa... Pero yo... yo en estos instantes siento lo que digo perfectamente... Pero, oye... me parece que estoy hablando poco claro, ¿eh?... Mira, probaremos con un poco de champaña... ¿Te parece? ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Ve.

—Vuelvo en seguida... Esta es la primera vez que me enamoro, Helene.

Apenas hubo salido, Ana María se dispuso a marchar. El recuerdo de Mata-Hari acudió a su imaginación, pensando en que la famosa e irresistible bayadera destruía su vida bajo la fuerza melancólica de un amor que mandaba sobre su misión de espía. ¿Es que a ella le iba a ocurrir otro tanto? ¿Es que ella podría verse en una situación tan grave, tan comprometida como

la de Mata-Hari? Era preciso huir antes de que las cosas continuaran su ruta y lo que era ahora iniciación se convirtiera en torrente. Ese americanito simpático y agradable podría ser su ruina; su desgracia. Preferible era huir. Estaba segura por otra parte de que él era inocente de toda complicidad de espionaje. Había ella cumplido su misión. Mejor no verle más.

Y aprovechando la breve ausencia del joven abandonó rápidamente el hotel.

Cuando minutos después volvió Beall con la botella de champaña tuvo que sufrir la dura desilusión de encontrarse con que ella había huído.

—Helene, Helene. ¡Oh, Helene!

Pero ella no estaba ya, y Beall experimentó por vez primera la melancolía del amor que se va.

* * *

Ana María iba a marchar a la estación. Cuidando del equipaje iba Karl, otro espía del servicio secreto, puesto a las órdenes de "Made-moiselle Doctor".

Ana María había procurado olvidar al americano, esclava únicamente del cumplimiento de su deber. Karl subió al coche, junto al chofer, mientras ella lo hizo en el

interior... Pero pálida, asustada, comprobó que, dentro del carruaje, había un hombre... y este hombre era Beall que la sonreía con su sonrisa feliz, de muchacho bueno, que no se altera ni vacila nunca.

—Perdóname y sonríe—le dijo él.

Ana María, sin poder ocultar el disgusto mezclado con una satisfacción misteriosa que le producía la presencia del yanqui, preguntó:

—¿Se puede saber cómo y por dónde has entrado aquí?

—Por la puerta... Dime, ¿vas de viaje?

—Sí, por unos días.

Beall besó sus manos.

—¿Nos veremos otra vez a tu vuelta?

—¡Sí!

—¿Cuándo?

—No sé...

Y revolviéndose un poco nerviosa, prosiguió:

—¿Dónde puedo dejarte?

—En cualquier parte... En la estación, si te parece... Allí podremos despedirnos...

—Lo mismo podemos despedirnos aquí.

—No. Esto no me parece conveniente.

—¿Por qué no?

—Mira. Si yo voy a despedirte a la estación... en la estación podrás despedirte de mí también.

—Te lo ruego... Vete... Este es mi coche... Baja...

Quería alejarlo; para la gran aventura que iba a emprender no podía perder tiempo en amores.

Pero Beall no parecía ser de tal opinión.

—Helene... Yo te hablé anoche con sinceridad... Espero que no te lo habrás tomado a broma.

—Algo a broma, quizás... pero también con interés...

—¡Helene!

La quiso besar, pero le rechazó suavemente.

—No. ¡Por favor!

No insistió Beall limitándose a cantar en ardientes frases su amor hacia la alemana, que sonreía, complacida interiormente por aquel homenaje a su condición de mujer, pero absorbida por las atenciones de su oficio que la obligaba a no pensar más que en su trabajo.

Así llegaron a la estación y Beall no tuvo prisa en despedirse...

Ocupó Ana María un asiento en el vagón y asomando el busto por la ventanilla, estrechó la mano de

Beall, rogándole que se marchara ya... En el vagón, Karl, frío, parecía mirar con disgusto la escena...

—¿Un beso?

—No.

—¡Qué tonta! Mira, ¿no ves a aquéllos?

Y señaló a una pareja que se besaba.

—Ahora te convencerás de que no es una cosa normal el que dos personas se despidan sin besarse.

—Ahora estamos en tiempos anormales, Beall... y la guerra es la guerra—contestó sonriente.

—Por esto es preciso endulzar la vida tan amarga... Pero, oye, suben soldados a este tren... Eso no me agrada. Estáis expuestos a un bombardeo aéreo.

—No temas por mí... Seguiré mi suerte... ¡Adiós!

El tren comenzaba a marchar y él quedó agitando su pañuelo.

—Au revoir... Good bay... Hasta pronto... No te olvidarás de escribirme, ¿verdad?

—No.

—¡Adiós!

Ana María se apartó de la ventanilla y se dejó caer en el diván. Sentía cierta emoción... Aquel muchacho había conseguido lo que no había logrado nadie más... El que sintiera cierto interés por él, algo que, seguramente con el tiempo, se hubiera convertido en un verdadero amor. Pero a aquellas alturas, era absurdo querer prolongar su sueño. Su devoción a Alemania y el cumplimiento de su obligación, la atraían, la fascinaban, haciéndole olvidar todo lo demás. Si volviera la paz... tal vez habría podido forjarse una novela con aquel muchacho... pero ahora era imposible... Criatura equilibrada, dueña de sí misma se hizo el propósito de no volver a pensar en semejante amor.

* * *

El tren salía de los andenes, vía libre... Ella contemplaba con la melancolía de toda partida el panora-

ma de la ciudad que se iba alejando coronado de humeantes chimeneas... ¿Qué peligros la esperaban

en Constantinopla? ¿Cómo iba a ser su vida allí, siempre con la inquietud, que a veces es satisfacción voluptuosa, de lo inesperado?

De pronto llamaron al departamento.

—¡Adelante!

Ante los ojos atónitos de Ana María apareció la figura, fina, elegante, de Beall.

—¿Qué sorpresa, eh?—dijo éste sonriendo.

Ana María no pudo ocultar un gesto de contrariedad, y dispuesta a romper definitivamente con él—podía ser un estorbo para sus planes—, le contestó bruscamente:

—Ya te dije que no podías viajar conmigo.

—Es que no voy contigo... Voy solamente hasta Glogan... No sé si tu sabrás que es una ciudad célebre... y acabo de decidirme a visitarla...—repuso para justificar su llegada.

—¿Y para qué?

—Para...

Se sintió cortado. La espía con sus grandes ojos fascinadores parecía descubrirlo todo.

—Pues... es que hay una iglesia antigua... con un monasterio.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu visita a mi compartimiento?

—¡Nada!

Aquella criatura le vencía con su serenidad y su magnífico desdén. El, que en un arranque de su temperamento había tomado el tren para no separarse de tan interesante mujer, comenzaba a aturdirse.

Volvieron a llamar. Era el revisor.

—El billete. ¡Hagan el favor!

Ana María entregó el suyo, y Beall, reponiéndose de su desfallecimiento, dijo:

—¡Ah, sí!... Uno de primera clase para Glogan.

—¡Eso es!—añadió Ana María.—Y haga el favor de avisarle cuando lleguemos a Glogan.

—Voy a visitar el monasterio.

—¿En Glogan?—preguntó el revisor con extrañeza.

—Sí...

—Que yo sepa no hay ningún monasterio en Glogan.

La alemana sonreía...

—¿Está usted seguro?

—¡Segurísimo!

Beall seguía siendo dueño de sí.

—¡Bien!... ¡Ya está solucionado!... No hablemos de Glogan...

¿Qué ciudades hay por aquí que tengan monasterios?

El revisor se lo quedó mirando de hito en hito y Ana María aclaró:

—Este caballero es muy bromista.

—Ya se ve.

Le dió un billete para Glogan y se alejó extrañado de la conducta singular de un viajero que no tenía un rumbo determinado.

Beall se sentó ante Ana María, que se esforzaba por no reírse de la actitud del yanqui que por seguirla había ideado aquella comedia. En cualquier otra ocasión le habría conmovido aquel homenaje, aquella demostración de simpatía... pero en tales momentos difíciles debía impedir la prolongación de la aventura.

—Bueno... Que te diviertas en Glogan... aunque no tenga monasterios.

—Ya veré lo que hago... Por lo menos podré arreglarme con tranquilidad las muelas.

Ana María se enfrascó en la lectura de una revista hasta que Beall no pudo más.

—Mírame... Por favor... Siquiera de aquí a Glogan.

Sonrió transigente.

—Pues de aquí a Glogan.

—Gracias, nena...

Pero Glogan estaba cerca y la voz del revisor les anunció:

—¡Glogan!

—¿Cómo?

—Que estamos en Glogan, amigo, donde debes apearte...

Beall miró por la ventanilla. ...

—Glogan... Sí... Veo que es un pueblecito alegre...

—Debes apearte aquí... Y espero volverte a ver cuando pase otra vez por él.

—Es que ahora que lo pienso—dijo alegremente— voy a seguir hasta la próxima estación... Allí debe de haber algún monasterio.

—No... No... ¡Tú te quedas aquí!

—No puede ser... Prometí a mi madre no apearme en ninguna estación que empezase con "G" hasta que cumpliese veinticinco años.

—Pues le dices a tu madre que he tenido yo la culpa... ¡Adiós!

Y casi a empujones lo echó del departamento.

¡Gracias a Dios! No podía continuar allí. Debía realizar el viaje sola, preocupada por el amor sagrado de la patria y no por una sa-

tisfacción de su corazón. Y ya no quiso volver a pensar en aquel hombre que carecía de graves preocupaciones y era seguramente mucho más feliz que ella.

Cuando el empleado anunció el primer turno para el vagón restorán, Ana María fué a ocupar una de las mesas. Distraída en la lectura de un diario no miró a la persona que ocupaba el puesto fronterizo y sólo la reconoció al oír que ésta le hablaba:

—¿Quieres una copita de Jerez?

Fruunció el ceño. Otra vez él. Beall había aguardado en otro compartimiento hasta poderla ver allí... Al fin del mundo iría por ella.

—Yo me basto y me sobro para pedir lo que me plazca—contestó malhumorada.

Beall no se inmutó y dijo al camarero:

—Dos raciones de caviar y una botella de Hocheimer 1912.

—Muy bien, señor.

Ana María estaba furiosa.

—Creo que esto es ya demasiado y va resultando aburrido y molesto.

—Es... ¿Es que ni siquiera quieres que me siente a tu lado?

Ana María no pudo contener los nervios.

—No quiero que te sientes a mi lado... No quiero que me hables... No quiero que hagas el viaje conmigo... En una palabra, ¡no quiero verte más!

Su voz vibraba de cólera, atrayendo la curiosidad de los demás. Era un despido cruel, frío, definitivo, que no dejaba lugar a dudas.

Beall sintió el acibar de la derrota. Por aquella vez sus buenos propósitos, su porfía, habían fracasado... Y tomando el caviar y la botella de vino abandonó el coche restorán dirigiéndose a un departamento de tercera, donde reinaba la bullanga propia de toda aglomeración popular.

Sintiéndose solo, aburrido y viendo a los demás viajeros que almorzaban con las viandas traídas adrede, se sintió generoso.

—¿Les gusta a ustedes el vino?

—¡Oh, gracias!

Aceptaron a las mil maravillas, encantados del néctar celestial... Y como compensación le brindaron su yantar, embutidos fuertes, escabeche, alimentos de extraordinario ardor.

Reían con la confraternidad del

pueblo, sencillo y bueno, cuando no está envenenado por la envidia. Y Beall hallaba como un bálsamo al desamor...

Mas de pronto sonó una detonación formidable y surgió espantoso griterío.

—¡Un avión enemigo está bombardeando el tren!

Una nueva y terrible explosión vino a caer sobre el coche de tercera. Gemidos, ayes de dolor, voces de pánico sucedieron a la alegría de antes. Una humareda densa lo llenaba todo produciendo los primeros síntomas de la asfixia.

El avión descargó sus otros proyectiles, pero sin la puntería de aquél. Unicamente aquel vagón había sufrido fuertes desperfectos, y Beall que, por fortuna, había resultado ileso, se aprestó en su calidad de estudiante de medicina a poner en práctica los conocimientos de su carrera en aquel momento de dolor.

Los viajeros de los demás coches corrieron a auxiliar a las víctimas y Ana María, ilesa también, contempló admirada cómo el yanqui daba órdenes y lo disponía todo con una seriedad en desacuerdo con

aquel infantilismo de sus horas alegres.

—Traed todas las sábanas limpias de los coches camas para hacer vendas. Descerrajad los botiquines de urgencia y haced que conduzcan a todos los heridos al coche comedor—decía Beall.

Ana María, llevada por un impulso de caridad y de admiración, le dijo:

—¿Puedo ayudarte en algo?

Su contestación fué brusca.

—Claro que sí... Si esto no te aburre también.

—¿Aburrirme? ¡Verás como no!

Durante varias horas ayudó a Beall en su labor. Este se desvelaba y atendía a todos los heridos, les desinfectaba los miembros rotos, se centuplicaba en su afán de que sufrieran lo menos posible.

Por fin, rendido, se dejó caer un momento en un sillón, mientras Ana María, a quien aquella conducta y aquella fuerza de voluntad habían conquistado definitivamente su alma, convirtiendo el leve amor en amor de veras, le miraba con un silencio cuajado de admiración.

El jefe del tren, que lo había dispuesto todo para que continuase el viaje, brindó su mano a Beall.

—No sé cómo dar a usted las gracias por cuanto ha hecho en estos terribles momentos.

El movió indiferente los hombros.

—¡Oh! Esto no tiene importancia. Avíseme si me necesita para algo más.

Y como se dispusiese a salir, ella le impidió el paso.

—¿A dónde vas ahora?

—A buscar asiento en cualquier coche.

—¿Es que no quieres lavarte? Puedes hacerlo en mi compartimiento.

—Gracias.

Fueron a él y cuando se hubo aseado, Beall mostró sus manos blancas, finas, a la joven.

—¿Qué? ¿Estoy ya presentable?

Ana María sonrió y repuso con voz triste, como si por primera vez se sintiera cautivada por una emoción verdaderamente sincera:

—Estamos llegando a la frontera... Ahora siento tener que separarme de ti.

Beall no era rencoroso; Beall la amaba con toda su alma.

—Pues me voy contigo.

—¿A Turquía, sin pasaporte?

—¡Ya buscaré uno!...

—¿Cómo lo hallarás? Sin pasaporte no te dejarán.

—Puedo, quiero y entraré. ¿Sabes cómo he de lograrlo? ¡Pues yendo contigo!

Y estrechándola en sus brazos la besó en la boca con palpitante ardor. Ana María sintió desvanecerse suavemente. La conducta del americano, su nobleza al curar a los heridos, la fortaleza que acababa de demostrar, le atraían de modo irresistible y ya no quería alejarlo de sí, como antes... y pensaba que si tenía que dejarle sufriría un calvario de enamorada. Porque acababa de enamorarse de él. El amor es el sentimiento superior a todos los demás y ahora reclamaba su puesto preferente. Pero todavía un temor, algo tenue, como una lucecilla, billó en las pupilas de ella.

—No... No... Por favor. Escúchame...

—No... Escúchame tú a mí —le decía él estrechándola en sus brazos.—¡Te quiero!

—Beall... ¿De veras?

—¡Siempre!... ¡De veras!

Y un beso que no tenía fin rubricó la fuerza de aquellas dos juven-

tudes atraídas por la misma ilusión.

Calmada su impetuosidad momentánea, era preciso regularizar las cosas. Ana María no se acordaba ya de Mata-Hari ni de lo peligroso que era el amor para un espía. La pasión, la juventud, el alma, el espíritu, la ilusión, vibraban y mandaban más... Convino con Beall el viaje... Llamó a Karl, quien miró con una agresividad mal disimulada al norteamericano.

—¡Karl! Bajaré usted en la próxima estación y regresará a Berlín.

Karl se sorprendió.

—¿Cómo? ¿Y las órdenes que tengo de von Sturm?

—Ahora obedece usted mis órdenes. Diga a von Sturm que yo resolveré este asunto... con mis propios medios.

—Bien, señora.

Era disciplinado y se marchó sin nuevas protestas.

Beall, alegremente, loco de dicha, como si viera un mundo nuevo, habló:

—Oye, Helene... Tú puedes hacer lo que quieras, pero no me separaré de ti.

—No te separarás, pero de aquí

en adelante no me trates con tanta confianza, porque figurarás como criado en mi pasaporte. ¿Me entiendes?

—De todos los trabajos del mundo, esto es lo que con más gusto desempeñaré... Siempre tu siervo.

Y la volvió a besar, caricia interrumpida por un golpecito en la puerta.

—¿Quién es?

Karl entregó un papel azul.

—Un telegrama para usted, señora.

—Gracias. Puedes retirarte.

Desdobló el mensaje y difícilmente pudo contener la emoción de aquellas breves líneas... Era de von Sturm y le anunciaba que Mata Hari, la bailarina espía, había sido detenida...

Se estremeció. Recordó que Mata Hari se había enamorado y que ese amor era seguramente la causa de su perdición. ¿No estaba ella haciendo lo mismo? Pero... no hay nada que escarmiente menos que el amor, ciego y atolondrado. Ana María no quería renunciar al suyo, ni rodeada de peligros.

—¿Ocurre algo?—le preguntó Beall.

—No... No... nuevo y casi adolescente, el viaje
Y con las caricias de aquel amor transcurrió sin nuevas dificultades.

* * *

Ana María ocultaba a Beall su condición de miembro del servicio secreto. Aquel muchacho bueno, de conducta ejemplar, limpia, se horrorizaría si descubriese la verdad de la vida de ella, cuajada de peligros, de inquietudes, atormentada por un deber penoso y grave.

Se hospedaron al llegar a Constantinopla, a la que la guerra había parecido imprimir una actividad extraña y nueva, en uno de los mejores hoteles.

Beall se permitió ante el director-gerente del hotel, llevado de la ligereza de su carácter, ciertas palabras molestas para la ciudad, lo que le provocó la antipatía inmediata del empleado.

Le chocó a éste la libertad que parecía tomarse en las conversaciones aquel joven inscrito como criado de "Madame". Y con cierto deso de humillarle le dijo que ya tenía una habitación preparada pa-

ra él en el departamento de la servidumbre.

Beall arrugó el entrecejo y Ana María comprendiendo el disgusto del joven rogó con suave humildad:

—Me alegraría que mi secretario se alojase en este mismo piso.

—Como usted disponga.

Apenas quedaron solos, Beall bromeó inclinándose reverente ante ella:

—Si Madame se digna dar órdenes a su secretario...

Rió alegremente.

—¿Qué órdenes le voy a dar, señor secretario?... Usted adivina siempre los deseos de Madame, señor secretario.

E hizo un delicioso mohín con los labios, que él besó amorosamente...

Canción feliz la de aquellos amores que eran para Beall descubrimiento de un mundo nuevo; para

ella el encanto dulce que hacía olvidar una profesión llena de peligros.

—Bueno, Helene—dijo él al cabo.—Estas tonterías deben terminar... ¡Tener que figurar ante ti como un triste criado!

—Ya lo sé, Beall, pero ahora eres mi secretario... Has entrado aquí con mi pasaporte, y tienes que representar bien tu papel.

—Yo lo arreglaré todo... Espera un instante.

Decidido se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas?

—A buscar una licencia turca para casarnos en seguida.

—¡Ah, no... no! No es una cosa tan sencilla. Ven aquí, siéntate, tengo que hablar contigo.

—¿Y no sería mejor que nos casáramos antes y después hablásemos?

Sonrió Ana María. No era posible el matrimonio mientras ella no hubiese dado término a su misión. Después buscaría una libertad que le permitiera la alegría del amor.

—Oye, Beall... Tú no sabes a qué he venido a Constantinopla, ¿no es cierto?

—No.

Inventó una linda historia para

justificar y desorientar al americano.

—Verás. Yo tengo aquí un tío alemán que es coronel agregado al Estado Mayor.

—Humm...

—Y... en Berlín hay un hombre que quiere casarse conmigo instigado por mi tío.

—¿Qué me dices?

—Y yo estoy tratando de convencerle de que quien ha de elegir esposo soy yo... ¡Ya ves si esto es importante para nosotros!

Sin parar mientes en lo frágil de aquel argumento, Beall protestó:

—Pues voy a ver a tu tío para convencerle.

—No, no... Conozco a mi tío. Es mejor que sea yo quien lo solucione.

—Está bien... pero ha de ser en seguida. No va a estar pendiente mi felicidad de tu tío y de sus caprichos.

—Te prometo que todo se arreglará.

De esta manera ella justificaba en cierto modo su estancia en la capital turca y las visitas un poco sospechosas que tendría que efectuar.

Beall se dispuso a salir para adquirir algunas ropas, pues no había

llevado equipaje. Ana María le advirtió:

—Oye, Beall... ¡Ten en cuenta que mi tío es aquí un gran personaje y que han de ir a contarle todo cuanto a mí se refiere!

—¿Y qué?

—Que si por casualidad nos encontramos en algún sitio y finjo no conocerte...

—¿Es que vamos a seguir jugando?

—¡Esto no es juego, Beall!... ¡Es

una cosa muy seria!... ¡Ten confianza en mí!...

—Claro que confío en ti... No lo dudes. ¡Adiós!

Beall se marchó sin recelo y ella quedó con la mirada velada por la tristeza, pensando si los días sucesivos habrían de tener la misma claridad espiritual que hoy o, por el contrario, nuevas y enojosas preocupaciones hundirían en su nacimiento aquel amor que era en su vida como una piedra preciosa.

* * *

Fiesta típica del país la de aquella tarde en los jardines de la ciudad. Encantadores de serpientes, bailarinas lúbricas y ondulantes, músicas cargadas de veneno como un hálito carnal.

El comandante Ali Bey, hombre de mediana edad, valiente, apasionado, del que sospechaba el Estado Mayor alemán, ocupaba uno de los sillones de segunda fila.

Ana María, elegantísima, fastuosa en un delicioso traje de tarde, ocupó un asiento exactamente de-

lante del que ocupaba Ali Bey, privando en absoluto a éste de ver lo que sucedía en el improvisado escenario.

Moviése Ali Bey con cierta contrariedad y dijo algo a su ayudante. Este transmitió en voz baja a otro oficial que tenía a su derecha el recado y así sucesivamente hasta que el oficial que se encontraba junto a Ana María indicó a ésta ceremoniosamente:

—Perdón, señora, ¿tendría la bondad de quitarse el sombrero?...

Su Excelencia Ali Bey está sentado precisamente detrás de usted y le impide ver la función.

Un sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Ana María.

—¿De veras?

Y siguió impertérrita, sin quitarse el amplio sombrero.

El oficial transmitió la ambigua respuesta al compañero que tenía al lado y todos cuchichearon hasta que Ali Bey tuvo noticia de ella.

Ana María volvióse de pronto y con un aire enojado que hacía brillar como fuego sus hermosas pupilas, dijo:

—¿Quieren ustedes tener la bondad de no hacer tanto ruido?

Y como si se hubiese molestado de veras, se levantó, lanzando a todos una mirada un poco disgustada, una mirada magnética, de mujer fatal, que impresionó tan profundamente a Ali Bey que se alzó a su vez y siguió a aquella extranjera fastuosa que dejaba en su marcha un perfume de delicada voluptuosidad.

Ella fué a pasear por las avenidas del bello jardín y se detuvo en una terraza desde la cual se distinguía una vista magnífica de la ciudad.

Ali Bey dijo algo a uno de sus ayudantes y éste se presentó ante Ana María.

—Perdón, señora... Su Excelencia Ali Bey desea tener el honor de ser presentado a usted.

—Lo lamento. No puede ser.

Y llamando a un camarero se hizo servir allí mismo una taza de café.

De pronto vió avanzar hacia ella al propio Ali Bey, quien cuadrándose militarmente y con la mano junto al fez, dijo:

—¿Usted me permite, madame?

Una sonrisa suave se dibujó en los labios de Ana María. Acababa de tender la red en la que aquel hombre debía enredarse para siempre.

—Prefiero estar sola—contestó con frialdad.

Pero Ali Bey era audaz.

Ana María le contempló fijamente y Ali Bey sintió el poder magnético de una mirada superior, profunda.

—¿Por qué tiene usted tanto interés en hablar conmigo?

—Porque es usted muy hermosa. Sonrió más.

—Le denunciaré a usted al comandante general.

—El comandante general soy yo, señora.

—Entonces...—y su voz se hizo más dulce—eso quiere decir que estoy indefensa.

—Todo lo contrario... Pero, ¿puedo sentarme?

—Siendo así... claro...

—Gracias.

Tomó asiento frente a ella y devorándola con su mirada de oriental, dominador de mujeres, e impresionado por la contemplación de aquella criatura que tenía algo de exótico, le preguntó:

—¿Se ha divertido usted en la fiesta?

Leve ironía al contestar.

—¡Oh, muchísimo!... Hubo algunas interrupciones, pero apenas tuvieron importancia.

Con mucha flema preguntó él:

—¿En qué consistió el espectáculo?

—Pero, ¿no lo vió usted?

—Claro que no... Me taparon la vista las alas de su sombrero.

Rieron los dos.

—¡Perdone!

—¡Oh, es un sombrero precioso!

—Ya lo sé.

—Y yo quisiera saber si es usted

tan bonita sin sombrero como con él.

—Se lo preguntaré a mis amigos para poderle contestar.

—¿Y no podría comprobarlo yo mismo? ¡Sea usted amable!

—Figúrese usted que le digo que no.

—Aun sería usted muy amable, porque me cabría el honor de haber merecido su respuesta.

—Entonces diré que sí.

—Gracias.

Y Ali Bey pudo admirar la hermosa cabeza de ella, sin sombrero, llena de una fascinación poderosa... Iba rápidamente interesándose por aquella criatura que ponía una nota de hechizo poético en su vivir militar.

—Y ahora, fiado en su bondad, me atrevo a hacer a usted otra pregunta. ¿Querría comer conmigo?

—¿Por qué no?

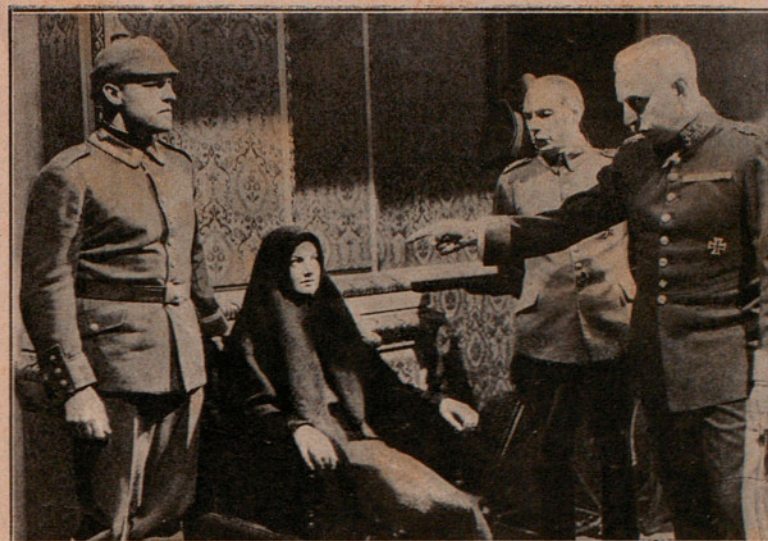
—¿Esta noche?

—Si usted lo desea...

—No tengo en el mundo otro deseo mayor. ¿Dónde puedo ir a buscarla, señora?

Tardó en contestar.

—Pues... a la entrada del Teatro Nacional... Es probable...



—... su traje es sospechoso.



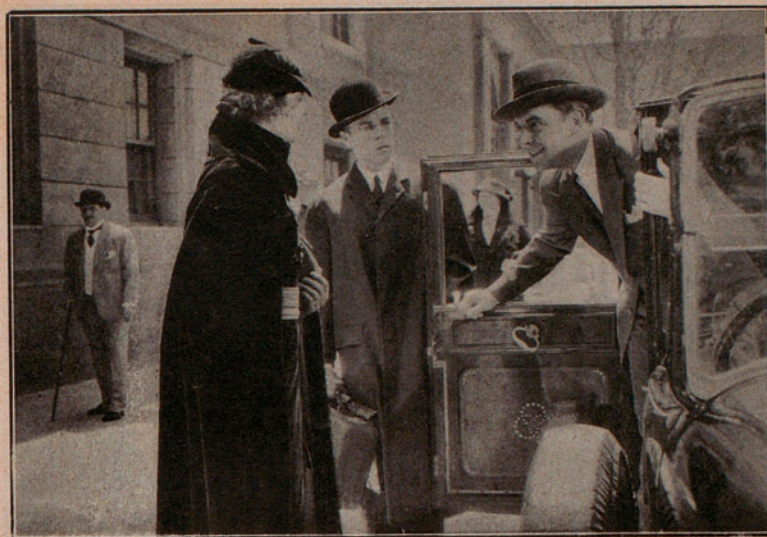
—¡Qué alegría verla de nuevo!



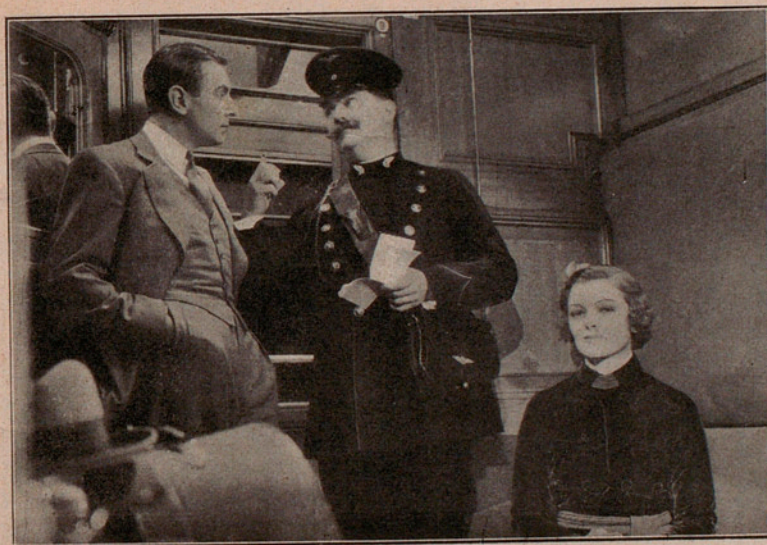
—¿Por qué no será
Mata-Hari como usted?



—¿Le sorprendería sa-
ber que estoy enamora-
do de usted?



... no tuvo prisa en despedirse



—¿Qué ciudades hay por aquí que tengan monasterios?



—No quiero que hagas el viaje conmigo...



—Tú no sabes a qué he venido a Constantinopla...



—¿Es que vamos a seguir jugando?



—... quisiera saber si es usted tan bonita sin sombrero como con él.



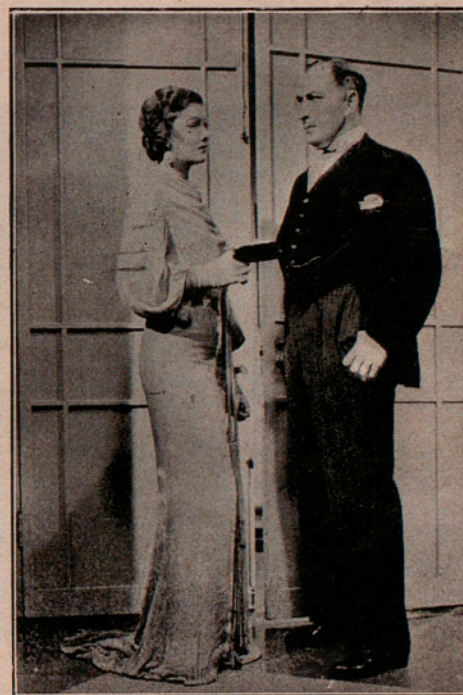
—Voy a decirte el sitio que he elegido para cenar...



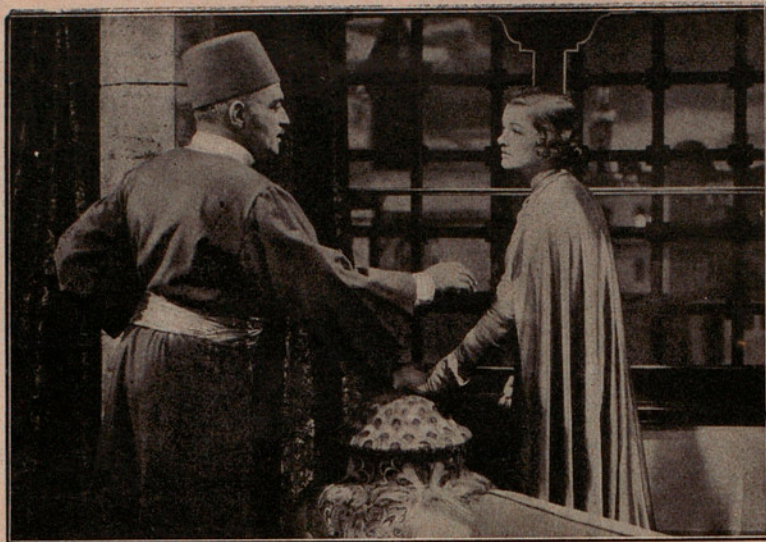
—Todo fué porque me echaron de un restorán...



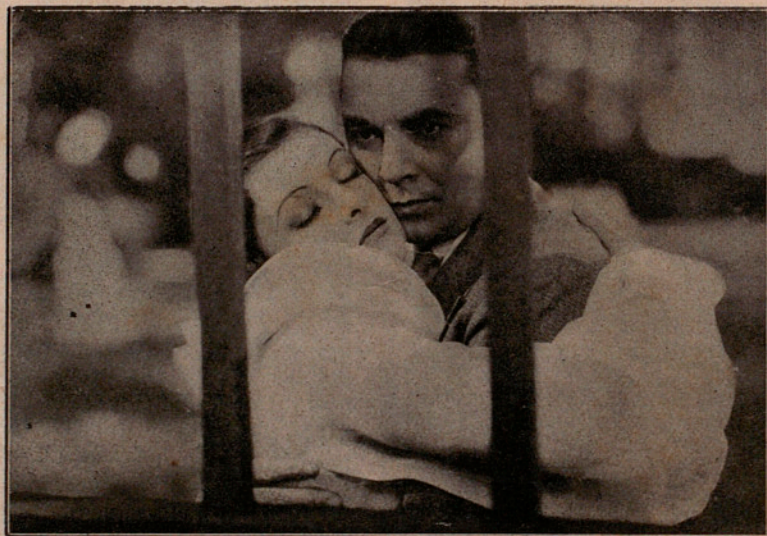
—... nunca dejaré de quererte.



—¡Quisiera que lo fusilaran esta noche!



—Hay que tener valor.



—Recorri el mundo entero buscándote, Ana María...

—Probable, no... ¡Con certeza!
¿A las ocho?

—A las ocho. No me concede mucho tiempo... Pero será para mí como una sensación nueva... Constantinopla, a las ocho, bajo la protección del comandante general... Y ahora, adiós...

—¡Adiós, señora!... ¡Hasta luego!...

Besó su mano, que olía a nardo

primaveras... Marchó con la fortaleza del hombre que cree haber conquistado a la mujer más bella del orbe. Ana María siguió fumando indolentemente un cigarrillo, contenta una vez más de su éxito y de aquel poder de captación personal que atraía hacia ella a todos los hombres bajo el hechizo de esa fuerza única que es una mujer misteriosa.

* * *

Ali Bey era astuto... Sabía las sorpresas de la guerra... Conocía el papel que desempeñaban las mujeres bellas, cazadoras de incautos, espías extranjeras de las que era preciso librarse... Había tenido la sospecha de que algo de ello había en aquella desconocida... Pero al propio tiempo, aunque consciente del peligro, se sentía fascinado por aquel mirar que prometía mundos de paraísos inacabables...

Su ayudante Ameel le dió cuenta de sus investigaciones.

—Figura inscrita como Helene Bolhan, en el Gran Hotel Imperial.

Y va con ella una persona encargada de la secretaría.

—¿Una mujer?

—Un hombre... Viaja inscrito en el pasaporte de Madame como un criado alemán, pero sin duda alguna es norteamericano.

Ali Bey no dejó traslucir sus impresiones.

—¿Eso es todo?

—No, Excelencia... Esta tarde preguntó en la taquilla cuál era el asiento de Su Excelencia, y exigió que se le vendiese precisamente el que estaba delante.

—¡Ah, bien! ¿Nada más?

—Nada más.

—Gracias.

Aquello adquiría nuevo interés... ¿Espía?... ¿Enamorada? Cierta vanidad bailaba en el alma de Ali Bey su danza de aturdimiento.

En tanto Ana María había regresado al hotel y Beall, que había estado de compras toda la tarde, le preguntó después de besarla apasionadamente:

—¿Has visto a tu tío?

—Sí.

—¿Con éxito?

—Bastante... Pero ¿piensas asistir a un baile de máscaras?—agregó al ver el enorme montón de ropa que él había traído.

—Tenía que proveer mi guardarraya y lo he hecho... Y si vieras las aventuras que me han ocurrido por estas calles. Oye...

Pero Ana María parecía impaciente.

—Imposible oírte... Tengo que cambiarme de vestido...

—Yo creo que estás bastante guapa con ése. Voy a decirte el sitio que he elegido para cenar... Creo que brilla la luna sin igual en el mundo... Es a la orilla del Bósforo y...

Ana María le interrumpió con tristeza.

—No sabes cuánto lo siento, pero esta noche no podré acompañarte...

—Pero...

—Tú sabes que yo quisiera ir.

—Ya lo sé. ¡Ah! Son asuntos de tu tío?

—Sí.

—Demonio, demonio, ¿pero va a durar mucho tiempo todo eso?

—Yo haré cuanto pueda para que dure lo menos posible... Pero, ahora tengo que vestirme.

—Está bien, Helene... ¿Me quieres?

—¡Como nunca!

Unieron sus labios y Beall salió de profundo mal humor, comenzando a maldecir a aquel tío que le estropeaba la noche... ¡Qué horas tan horribles y aburridas pasaría en aquella ciudad sin ella que era la vida!...

Volvió al cabo Beall y encontró ya a Ana María ataviada con una elegancia impresionable...

Iba a manifestarle su admiración cuando llamaron al teléfono.

—¿Madame Bolhan? Su Excelencia Ali Bey se dirige a sus habitaciones...

—¡Ah, bien!... Gracias.

Y volviéndose a Beall le explicó:

—Mi tío me envía un oficial para que me escolte...

—¿Un oficial... de policía?

—No. Un oficial turco. No te importa, ¿verdad?

—Claro está que no—dijo disimulando su disgusto.

—Mira, llaman. Me meto en mi alcoba. No te olvides que eres mi criado, ¿eh? A ver si cumples tu obligación.

—Lo haré.

Tuvo Beall que franquear la puerta a un oficial turco que no era otro que Ali Bey.

Se observaron los dos hombres con cierta curiosidad mal contenida.

—¿Son éstas las habitaciones de madame Bolhan?

—Sí—contestó con firmeza.

Aquel monosílabo le molestó así como el gesto poco servicial del muchacho.

—¿Sí?

—¡Ah! Sí, señor—corrigió.

Con cierto orgullo y con un deseo de humillar a aquel joven al que acababa de cobrar profunda e inexplicable antipatía, le dijo:

—Es usted el criado de madame, ¿no es eso?

—Sí.

Le miró fijamente.

—Me parece que usted no es alemán.

—No, señor, no lo soy.

—¿Norteamericano?

—Eso mismo, pero de origen alemán.

—Ustedes—y tuvieron sus palabras un desprecio vibrante—, los criados norteamericanos se permiten muchas libertades, ¿no es cierto?

—Los criados son iguales en todas partes, señor.

—Bien. ¿Quiere usted hacer el favor de anunciar mi llegada?

—¿A quién he de anunciar?—dijo con un tono falsamente respetuoso.

—Soy Ali Bey.

Se rió irónicamente.

—¿Ali Bey? ¿Es un apodo?

Tembló de cólera.

—¿Cómo?

—¡Oh, nada, señor!

Y llamando a la puerta de la alcoba, dijo con humildad:

—Se me ruega que anuncie a madame que espera aquí Ali Bey... en persona.

—Dígale que salgo dentro de un instante.

Y a continuación apareció Ana María, deslumbradora, suntuosa, con magníficas joyas que centelleaban sobre su escote de tentación.

—¡Oh! ¿Cómo está?

Y brindó la mano blanca y olorosa que Ali Bey besó con emoción.

—¡Oh, señora! Le debo una explicación y una disculpa por haber venido tan pronto.

—Ninguna de las dos cosas son precisas. Haz el favor de traerme la capa, Karl.

—Sí, señora.

—Por una feliz casualidad averigué el alojamiento de usted y sólo el pensar que habría de esperar una hora me resultaba insoportable. El coche está esperando, señora.

—Cuando guste.

—Si madame permite—dijo con cierta altanería—. No creo necesario que espere el criado. Puede que volvamos tarde.

Beall sonrió.

—¡Oh, señora... ya sabe que yo nunca espero más que hasta las diez!

—Buenas noches, Karl—le dijo Ana María a tiempo que le sonreía significativamente.

—Buenas noches, señora.

Salieron los dos y Beall experimentó casi involuntariamente una contracción de celos. Después, imbuido por el mismo sentimiento, se resolvió a seguir a la pareja.

¿Quién era verdaderamente Ali Bey? ¿Qué tenía que ver con la joven? La idea de una posible traición, de una deslealtad le hacía mucho daño. Y quiso averiguar hasta lo hondo.

* * *

Estaban en el comedor de aquel magnífico restaurante cuyas luces se retrataban en el Bósforo. La ciudad estaba en calma. La plata de las estrellas se derramaba sobre el agua fina y suave.

Ali Bey se sentía influenciado por el ambiente y por aquellos ojos

que en el misterio de la noche tenían todavía una mayor fascinación. Al propio tiempo no olvidaba cierto recelo que debía inspirarle aquella mujer que le buscaba a él por pasión o por codicia.

—Todavía no me ha dicho usted el motivo de su viaje a Constantinopla—le advirtió.

—¿Es que es preciso alguno?

—Sí. Como yo lo he tenido para querer conocerla... el que es usted una mujer verdaderamente hermosa.

Y dando a sus palabras un cariz de seriedad, añadió:

—Así es que al tratar conmigo sin ningún fin, pierde usted el tiempo.

—¡Ah! ¿Usted cree que estoy perdiendo el tiempo?

Y le asaetaba con sus pupilas oscuras.

—Desde luego, entonces...

—Pues... la verdad... no sé cómo empezar.

—Yo la ayudaré a usted. Usted es alemana, ¿no?

Aquel hombre era peligroso y Ana María se puso en guardia, vigilante y astuta.

—He vivido en Alemania... aunque no he nacido allí.

—Pero usted ama a Alemania... y su deseo es que gane la guerra.

Ana María sonrió despectivamente.

—No, nada de eso. No tengo preferencia por nadie en este sentido. Que termine es lo que quiero.

—Todo el mundo está deseando que termine. A su modo cada cual.

—Sí. Y eso es lo difícil, porque cada cual espera una terminación completamente distinta.

Interrumpieron el diálogo, recelosos y observadores por ambas partes al oír voces en la parte exterior, voces de disputa entre las cuales reconocieron el timbre de la de Beall.

Ana María, un poco extrañada, respondió:

—Sí. Es él...

Ali Bey la observó con atención.

—¿Verdad que no es sólo su criado?

A pesar de aquel tiro directo, ella supo guardar su serenidad.

—Tiene usted demasiada intuición.

—No creo que se necesite ser un lince para adivinarlo. ¿No le parece a usted que sería una gran idea... el que terminásemos la cena en un gabinete reservado?

—Si a usted le parece así...

—Vamos.

Se dirigieron a uno de los discretos comedorcitos, que daban igualmente al Bósforo.

Beall, que estaba discurrendo por allí, les vió pasar y furioso y arrebatado por súbitos celos, quiso penetrar en aquella estancia apartada, lo que impidió Ameel, el ayudante de Su Excelencia.

—Esto es reservado.

—Son ustedes muy autoritarios. ¿Conoce usted a esos que acaban de entrar?

—A la señora no la conozco— respondió friamente—. El caballero es Su Excelencia Ali Bey, comandante general de las fuerzas defensoras de los Dardanelos.

Beall tembló de indignación.

—¿Todo eso es? Déjeme pasar. Tengo que hablar con...

—Perdone. Su Excelencia no quiere que se le moleste. Yo le daré el recado.

—No. Seré yo quien se lo dé.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? Más vas a sentirlo ahora.

Llevado de su carácter arrojóse contra Ameel, pero en auxilio de éste acudieron varios camareros,

quienes echaron fuera del establecimiento a aquel impulsivo extranjero.

El griterío fué tan fuerte que Ali Bey salió al exterior.

—¿Qué ha pasado?

—Nos hemos visto obligados a echar de aquí a un infiel, Excelencia. Allí está.

Reconoció en el intruso al misterioso criado y sonrió.

—Para eso no era necesario armar ese escándalo—dijo volviendo a entrar en el comedorcito.

Ana María estaba inquieta. Temía el estallido de los nervios de Beall, lamentando que no pudiera contener aquel amor que le embriagaba. ¡Ah, si él supiera! No era deslealtad lo que hacía, sino servicio de otro amor distinto de aquel amor... el amor a la patria, soberano sobre todos.

—¿Qué ha pasado? — preguntó anhelante.

—Nada.

—¿Tanto ruido para nada?

—Por lo menos no ha sido su criado — mintió—. ¿Está usted tranquila?

—Sí. Sería enojoso resultar responsable de un alboroto.

Ali Bey la miró fijamente.

—¿Y qué lazos la unen a usted con ese criado?

—Ninguno. Es ocurrente y me distrae.

—¡Ah, ya! ¿Y usted no cree que yo podría también servirle de distracción?

Tenía una mirada dura, autoritaria, de hombre dominador, que cuando se ensaña no tiene piedad de su víctima. Pero al propio tiempo la admiración y la voluptuosidad le encendían los ojos.

—Usted ignora... que estoy enterado de que en la fiesta de esta tarde se sentó usted delante de mí expresamente... para llamar mi atención.

Ana María no se inmutó al verse descubierta.

—Estaba segura de ello.

—¿Y qué es lo que se proponía?

—Es usted demasiado modesto — dijo, a tiempo que acariciaba una de sus manos—. Estoy convencida de que no soy la primera mujer que ha tratado de llamar su atención.

—Pero nunca una mujer como usted. ¿Cuáles eran sus propósitos?

La voz fué lenta, suave.

—¿Insiste usted en conocerlos?

Interrumpió el diálogo la presencia de Ameel.

—Con permiso. Un oficio importante, excelencia.

—Un momento. Perdóneme.

Era una carta confidencial que trataba de asuntos militares.

—Bien. Dígale que iré a verle mañana a las cuatro. Y no quiero que se me moleste más.

—Sí, señor.

De nuevo solos Ali Bey contempló otra vez a Ana María, maravillosamente seductora e irresistible.

—Usted iba a decirme cuáles eran sus propósitos al querer conocermé.

Rió con franqueza.

—¡Oh, sí! Es usted un hombre importante.

—¿Importante porque soy rico? ¿O importante por ser el comandante general de los Dardanelos?

Recogió la fuerte alusión sospechando que Ali Bey era más hábil de lo que había pensado. Pero con su papel de ingenua, dulce y linda, quiso atraer de nuevo su confianza.

—¿Es que los Dardanelos tienen tanta importancia?

—Los Dardanelos son una de las más poderosas defensas del mundo.

—¿Y por qué son tan poderosas?

—Eso, señora... es un secreto.

Ana María deslizó estas palabras:

—Debe ser incalculable el valor de ese secreto.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Si los Dardanelos se perdiesen... sería quizás el fin de la guerra... el ahorro de millones de vidas... y de millones de libras...

Ali Bey iba sintiéndose fascinado. Percibía el hálito de una boca fina, manantial de amor.

—Creo haberle dicho antes que es usted muy hermosa.

Ana María, sorprendida por aquel cambio de conversación, se levantó.

—Se aburre usted de mis palabras, ¿verdad?

—Nada de lo que usted diga o haga puede aburrirme.

—Entonces... ¿qué opina usted de mis ideas?

—Pues... francamente—contestó sonriendo significativamente—, que sus ideas son muy extrañas para exponerlas ante el comandante general de los Dardaneros.

—¿Es que me recrimina usted?

—¿Quién habla de recriminar?

Yo no podría, aun cuando lo mereciese, y no puede figurarse qué grato me sería... el que usted pensase lo mismo respecto a mí.

—Yo acostumbro proceder según proceden conmigo.

—Estoy seguro de ello.

Y agregó maliciosamente:

—¿Querría usted acompañarme a comer... en mi pabellón de la Ciudadela mañana por la noche?

Ella sonrió. Aquel hombre acabaría cayendo en sus mallas.

—Eso es usted quien lo ha de decir.

Ana María se calzaba los guantes.

—Hasta mañana entonces. Desde la hora de comer... hasta el amanecer... seguiré escuchando con gran interés sus ideas.

Y besó su mano.

Ana María respondió cariñosamente:

—Hasta mañana.

La acompañó el comandante hasta el automóvil. Quiso subir a él, pero la alemana le rogó que no lo hiciese.

Quedó Ali Bey con una satisfacción inmensa. Su alma vivía una

doble emoción: la del misterio de los propósitos de aquella mujer y la de su belleza enloquecedora.

¡Oh, mañana! Estaba nervioso...

Pidió otra copa de champaña. ¡Oh, mañana! Labios finos, cuerpo gentil, armonioso, cálido... sabor de la verdad.

* * *

Al pasar por el corredor para dirigirse a su habitación, Ana María se sorprendió al ver a Karl, el antiguo secretario que ella había licenciado para Berlín.

—¿Qué hace usted aquí, Karl?

—Acabo de llegar, señora.

—¿Ha venido también von Sturm?

—No.

—¿Pero llegará?

—Supongo que mañana.

—¿Por qué causa no han anunciado su viaje?

Karl contestó con frialdad:

—Ordenes de Berlín, señora.

—Está bien. Ya le llamaré cuando sea necesario.

—Entendido, señora.

Un poco nerviosa, Ana María se dirigió a su habitación y a los pocos momentos recibió la visita de Douglas Beall, quien después de los

acostumbrados transportes, le dijo:

—Siento molestarle... No podía dormir y como he visto luz en tu habitación...

Le miró dulcemente sintiendo por él todas las emociones del primer amor.

—Celebro que estés levantado.

—¿Has visto a tu tío?

—No... pero, ¿qué es esto? ¿Estás herido?

Y señaló su vendado brazo, recuerdo de la disputa en el restaurante.

El negó sonriente:

—Nada, nada. No es nada, que creí encontrarme con un amigo... pero me equivoqué y al defenderme me encontré con esto.

—Pero no tiene importancia, ¿verdad?

—Todo fué porque me echaron de un restaurante en el que entré

por equivocación—le dijo mirándola con fijeza—. Y es raro que no hayas encontrado a tu tío... sobre todo después de haberte enviado un mensajero tan distinguido como el comandante general de los Dardaneros...

Sus palabras tenían un dejo de ironía tras de las que se agazapaban los celos.

—Dime, Helene. Tú has venido aquí para ver a tu tío, ¿verdad?

Ana María, como todas las enamoradas de verdad, no podía ocultar un secreto al hombre querido. Quería alejar de sí toda sospecha, temiendo que si continuaba empleando el equívoco perdería el amor de aquel hombre que había dado a su vida un sentido nuevo y embriagador. Y su respuesta tuvo la sinceridad de un alma pura:

—No.

—¿No existe tu tío?

—No.

Beall sentía crecer su inquietud, creyendo verse burlado, objeto de toda suerte de engaños.

—Entonces... has venido a ver a ese... Ali Bey.

—Tienes que fiarte de mí.

—Dime... ¿Estás enamorada de él?

—Bien sabes que no.

—Eso creía, pero ahora ya no sé. ¿Estás enamorada?

Sus palabras temblaban; la idea de perder el amor le enloquecía... Y ella quiso desvanecer esas dudas melancólicas.

—¿Enamorada? No, Beall. Yo no quiero en el mundo a nadie más que a ti.

Pero él dudaba aún.

—¿No es ese hombre el personaje militar más importante de Constantinopla?

—Sí.

La luz de la verdad se hizo de pronto en la imaginación de Beall. El eco de sus palabras reflejó el espanto de su alma.

—¿Entonces eres una espía? Contéstame... quiero saberlo... ¿O has venido para ver a ese hombre porque estás...?

Ana María quiso confesarlo todo. Preferible era que él la hiriese con desprecio al saber su profesión, que no que siguiera dudando de su amor.

—Sí, Beall. Soy una espía. Oye-me toda la verdad. Te quiero y has de saberlo todo. Tengo una misión muy importante. Proablemente la más importante para mi país du-

rante la guerra. Entiéndeme bien... por favor.

Quedó Beall aplanado ante aquellas palabras que le pintaban una novia nueva, saturada de peligros, llevando una existencia al servicio de un ideal superior al del amor... Pero él había respirado libremente. La seguridad en su cariño volvía a ser fuerte, indomable. Pero el riesgo que ella debía correr en aquella profesión le asustaba...

—¿Y si te descubren? ¡Una espía! Te fusilarán... ¡Qué horror! ¡Tenemos que huir de aquí!

Ana María irguió el noble busto.

—No... no. Soy alemana. Y estamos en guerra.

La patria hablaba por ella, una patria que parecía más fuerte que el mismo sentimiento amoroso.

Beall, henchido de pasión, loco ante la idea de que podía perder al ser al que amaba más, la abrazó intensamente y la besó en la boca con un anheloso fervor indefinible.

—No eres alemana. Tú me pertences. ¡Eres norteamericana!

—Espero serlo — contestó con

dignidad—. Pero ahora, no. Ahora estoy luchando por mi país... como tú lucharías por el tuyo... ¿me entiendes?

En medio del dolor que le causaba aquella determinación, Beall tuvo que reconocer la admiración que ella le inspiraba.

—¡Eres una mujer valiente!

—Algo más de lo que te figuras—contestó con un acento dramático en que flotaba la emoción,—porque si perdiese perdería mucho más que la propia vida... te perdería a ti.

—¡Helene, Helene mía! Tú has de vencer por mí.

Y volvió a besarla con infinita ternura, apretándola contra sí, como si quisiera librarla de todos aquellos terribles peligros de la guerra.

¿Cuándo acabaría esa maldita contienda? ¿Cuándo ella podría ser suya por entero... sin algo que estuviese por encima de los dos y mandase y aun pudiese detener el curso de sus vidas?

* * *

Pasaron una noche maravillosa forjando planes con la seguridad de vencer rápidamente. Hablaban de cuando acabase la guerra y fuesen a vivir a Pittsburg.

Por la mañana Beall encargó el desayuno y a los pocos momentos llamaron a la puerta.

—¡Qué diligentes son en este hotel! Mira, ya está ahí el desayuno.

Pero no era el desayuno lo que traía el botones, sino una magnífica cesta de flores, lo que causó a Beall una sombra de celos, mientras Ana María, halagada como toda mujer por el regalo, decía sonriente:

—¡Qué flores tan lindas!

Beall sonrió friamente.

—Seguramente deben ser de tu amigo el turco—dijo mirando la tarjeta que llevaban prendida—. Sí, justo. De Ali Bey... "Con la esperanza de una comida grata".

—Es verdad. Le prometí cenar con él esta noche.

—No... no quiero, no... no quiero.

—Beall, ¿olvidas tus promesas de dejarme... actuar?

Beall apretó los puños.

—Es verdad. Cumpliré mi promesa aunque me devore el corazón. Pero... ¿eh? ¿Qué es eso?

Y entre las flores descubrió una cajita que contenía una joya con una perla magnífica y otra tarjeta con estas palabras, como continuación de la anterior:

—... hasta el amanecer.

Ana María miró al trasluz aquella magnífica alhaja y se echó a reír.

—Lo tomas a broma, ¿eh? Eso es muy serio... muy serio—protestó el joven.

—¿Vale la pena de enfadarse por eso? El hombre oriental es muy espléndido. No da la importancia que nosotros a ciertas cosas.

—Yo opino que hay que enfadarse. Y respecto a este asunto... en

el que estáis complicados, ¿sabe él la importancia que tiene?

—Sí.

Beall iba considerando la gravedad de la situación.

—Entonces tiene derecho a creer que te allanarás a todo... para llevar a cabo tu misión. Creo que no te arriesgarás a ir después de esto.

Pero Ana María no cedió.

—¡Es mi deber!

—Te digo que no irás.

—¡Tengo que ir! ¡Esa es la guerra!

Beall, hombre pacífico, que anhelaba una vida burguesa y tranquila, enloquecía ante la idea de que su novia pudiera estar complicada en aquel tenebroso asunto de espionaje en el que peligraba hasta su honor.

—Yo sé bien lo que es la guerra—se lamentó—. Ametrallar o ser ametrallado... en una lucha cruenta. Eso es la guerra. No utilizar a las mujeres como armas.

—Hay que luchar por todos los medios y todas las armas son necesarias...

—Todas, ¿eh?

La cogió por un brazo. Crecían sus celos, su cólera.

—Y si fuera necesario... si no

hubiera otra solución. Si Ali Bey... ¡Ah! ¿Estás dispuesta a arriesgarlo todo?

Bajó los ojos.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes?

Su voz tembló, pero a través de ella se adivinaba la voluntad de la patriota, capaz de los mayores sacrificios por la gloria de su país.

—No, Beall. Únicamente sé que nunca dejaré de quererte.

Pero Beall no estaba tranquilo. Evocaba la profesión de ella, su trato con gente poderosa que sólo se ablandaría bajo el imperativo del amor. Y los celos rugían como reptiles.

—Quisiera saber a cuántos hombres les has dicho eso antes que a mí.

Ella se irguió ante la ofensa.

—¡Beall!

—¡Oh, perdona!

—¡No eres razonable!

—Helene—dijo al cabo de unos momentos y besando las manos de lirio—. Helene, nada importa lo que fuiste. Nuestras vidas empezaron el día en que nos conocimos... y, por lo tanto, todo cuanto hagamos desde ahora será lo que consti-

tuya nuestra vida. Abandona el ayer. No mires más a tu pasado.

Tristemente respondió:

—No te das cuenta de lo que me pides.

Beall volvió a encolerizarse.

—Eres tú quien no me entiende. Necesito saber si me quieres o no.

Le miró con tanta ternura, con tanta bondad de mujer, que Beall sintió una sensación nueva en el alma.

—Te quiero como nunca lo pensé. Oyeme, Beall. Cuando te conocí, había perdido toda esperanza de felicidad. Creí que yo no tenía derecho a disfrutar de un gran cariño como éste. Ahora tú lo eres todo para mí en el mundo. Pero yo tengo que cumplir deberes muy sagrados y no puedo desertar.

¡La eterna lucha entre la patria y el amor! Beall, espíritu más amplio, de mayores vuelos, sin una exaltación nacionalista como ella, no lo comprendía así. Le parecía imposible que pudiera haber algo más fuerte, que mandase más que aquel sentimiento de dos almas.

—¡Ah, únicamente tratas de justificar tus actos!

—¿No comprendes que me sería fácil justificarme con una mentira?

Te estoy diciendo la verdad. ¿No te prueba esto la sinceridad de mi cariño?

—Yo te pido tu cariño—contestó repentinamente furioso—. No la prueba de tu sinceridad. No es necesario probar un amor que es sincero. Pero ya no me engañas más... Adiós...

Parecía loco. Rechazó lejos de sí a la amada y se dirigió hacia la puerta con paso enérgico y decidido.

Ana María, asustada de aquella actitud, le gritó:

—¿A dónde vas ahora?

Volvióse y rió con una carcajada trágica.

—¿Adónde? A embarcarme en el primer buque que salga de aquí. Contéstame una cosa, una sola cosa que será decisiva para los dos. ¿Quieres venir conmigo? Si no, me marchó solo y no me verás más.

Advirtió en él una decisión formal, definitiva. Bajo el impulso de sus celos era capaz de abandonarla para siempre. Y ella, después de haber conocido el amor, no podría vivir sin su compañía.

Su primer impulso fué marchar con él, a todo evento, abandonándolo todo con un egoísmo muy huma-

no de conservar la felicidad. Pero esa visión fué momentánea. Ana María amaba a la patria con fanatismo, con locura, con verdadera embriaguez. Tenía un concepto sagrado de su profesión. ¿Iba a desertar ahora de su puesto, a traicionar al país que tenía puesta en ella su confianza, acaso su victoria, siempre su tranquilidad?

—Beall—suplicó—. Hay en estos momentos millones de alemanes que luchan y mueren por su patria. ¡Déjame ayudarles! Por caridad... concédeme un día... dos días.

—No. Salgo mañana a primera hora. Si me voy solo, no me verás más.

Ana María le abrazó, pero él permaneció frío sin compadecerse de aquellas pupilas soñadoras que le rogaban piedad.

—Beall, Beall—decía llorando.—Yo viviría tranquila si no te hubieses cruzado en mi camino. Si me abandonas ahora, destrozas por completo mi vida. Por piedad, tú no harás eso conmigo.

—¿De modo que no quieres seguirme? Contesta.

Ana María le miró a través de sus lágrimas, hermosa como nunca, pero firme en su voluntad.

—¡No puedo!

—Pues, oyeme bien. Piensa que éste es un momento decisivo para nosotros. O vienes conmigo para siempre o te quedas a cenar con Ali Bey hasta el amanecer. ¿Qué dices? ¿No contestas? ¿No? ¡Lo siento por ti! Adiós. No me volverás a ver.

Y antes de que Ana María pudiera salir de su aturdimiento, ya él había desaparecido.

Pero todo fué instantáneo y Ana María volvió inmediatamente a la realidad. ¡Oh, Beall, Beall... no podía perderle! Era la juventud, el amor, el sentido verdadero de la vida, la única dicha lograda. Perderlo era morir. No... no. Pero ella tampoco traicionaría a su pueblo. Aunque llevada del sentimiento del amor pudiera traicionarle, dejar incumplida su misión, estaba segura de que no sería feliz mucho tiempo. Alemania la perseguiría y la entregaría—quizás como con el caso de Mata-Hari—al propio enemigo... Y la muerte, una muerte bajo ocho fusiles al mando de un oficial, sería el fin de una juventud que intentó en vano soñar.

No... No. ¡Oh, Beall... única razón de la vida! No le perdería,

no. Y rápidamente, con la superior mentalidad ágil y fina de la criatura acostumbrada a resolver situaciones y dificultades, llamó por teléfono a la habitación número 24 que era la que ocupaba Karl.

—¿Qué desea, señora?—preguntó Karl, hombre duro y seco.

—Oígame, Karl. ¿Usted recuerda a Douglas Beall, el norteamericano del tren?

—Sí.

—Pues es necesario que lo busque. Si no estuviera en el hotel debe de estar en alguna agencia de vapores. Entró en Turquía en forma ilegal... con mi pasaporte en el puesto de usted.

—Bien, señora.

—Deténgalo. Recibirá usted nuevas instrucciones más tarde. Adiós.

Era preciso impedir por el momento que Beall marchase... necesitaba retenerlo para sí hasta que su misión quedase cumplida. Después vivir sería soñar. ¿Pero llegarían a tiempo?

Llamaron. Era el "botones" que traía el desayuno para dos.

Tuvo como un acceso de nervios.

—¡No lo quiero! ¡Lléveselo usted! ¡No lo quiero!

Y lloró la felicidad que temía iba a perder... después de haber gustado su emoción.

* * *

Más tarde recibió ella la visita de von Sturm, el jefe alemán, que acaso sospechando de Ana María, había querido investigar por su propia cuenta.

Ana María intentó disimular su inquietud y recibió con una afectuosa sonrisa a su compatriota.

—¿Usted por aquí? Pase.. .pase usted.

Von Sturm besó la mano de la hermosa.

—Gracias. Está usted más hermosa que nunca.

—Muy amable... Cuénteme usted—preguntó ella nerviosa—. ¿Cómo va la marcha de esa célebre oficina de espionaje turco?

—Así.. así.

—Este Caliph Pasha es bastante estúpido, ¿no?

—El tiene su sistema, un sistema oriental. Hacen una detención de vez en cuando.

—¿Alguna hoy?

—Sí. Están muy satisfechos por haber detenido a un francés... un tal Graussin. Creo que está convicto. Lo fusilarán la semana próxima.

—¡Ah!

Se observaban mutuamente, como si desconfiaran. Ana María volvió a pensar en Beall. ¿Cómo retener a ese hombre en Constantinopla hasta tanto que ella hubiese terminado su misión? Si quedaba libre, él, dominado por los celos, se marcharía para siempre. Si le pudiesen detener unos días... hasta poder marchar los dos de la ciudad... Una idea atrevida se perfiló en su imaginación.

—Oiga, von Sturm. ¿Usted recuerda a Beall... el norteamericano? Karl ha debido hablar a usted de él.

Friamente contestó:

—Sí, es verdad...

—Hace poco di órdenes a Karl para que lo detuviesen. Carece de pasaporte.

—Ya lo sé.

—¿Podría usted arreglar que cuando Beall sea registrado... se le encuentre algún documento comprometedor, clasificándole como agente inglés?

Von Sturm, que conocía los amores de Ana María con el extranjero y temía que ellos pudieran ser causa de infidelidad o de distracción en el servicio, se la quedó mirando desconcertado.

—¿Puedo saber por qué?

Ana María tuvo un gesto trágico.

—¡Quisiera que lo fusilaran esta noche!

El alemán se pasó la mano por la frente como desvaneciéndose una pesadilla. ¿Qué decía aquella mujer? ¡Oh, seguramente los celos la hacían hablar así!

—¿Fusilarle? ¡Oh, querida doctor! Aunque fuese culpable es americano. Y ya hemos provocado bastante a los Estados Unidos.

Ana María sonrió.

—Parece que no me he explicado bien. Me refería al francés.

—¿A Graussin?

—Sí. ¿Sería posible que adelantasen el fusilamiento para esta noche?

—Bueno. Es raro lo que me pide. Pero se tratará de arreglar.

—Así... de este modo, Ali Bey creará que es el americano al que fusilan... pero usted hará que sea substituído por... Graussin.

—¡Ah! ¿Es que Ali Bey conoce su intriga con el americano?

—Sí.

—Ya entiendo. Pero yo creí que estaba usted enamorada de Beall.

Ana María no quería demostrar este amor.

—Y Ali Bey lo creía también.

—¡Ah, mademoiselle doctor! Mi enhorabuena — dijo recobrando en ella toda su confianza.

—Reserve usted su enhorabuena por ahora. Tengo que ingeniarme todavía mucho para que Ali Bey llegue a tener confianza en mí... y he ideado este plan...

—Y pensar que yo he venido aquí...

—Sí, ya lo sé. Porque usted sospechaba que la misión que me confíaron había sido desatendida. Usted procurará que mis indicaciones se cumplan al pie de la letra, ¿no?

—¡Se lo aseguro!

—Y respecto a los Estados Unidos... creo como usted que sería un

gran perjuicio para Alemania si a Beall le ocurriese algo.

—Nada le pasará a Beall.

—Y cuando esté terminado este episodio, ¿sería posible que me devolviesen a Beall sano y salvo?

—Sí. Y adiós, Ana María. Tengo que ir en seguida a ofrecer mis respetos a Ali Bey... Porque ya tendrá noticias de esta visita.

—Seguramente.

—Pues adiós.

Cuando von Sturm marchó, Ana María quedó más tranquila que antes. Jugada magnífica y audaz la que iba a realizar. Por una parte retenía a Beall impidiéndole que éste la abandonara llevado de unos celos sin fundamento. Por el otro lado se atraía absolutamente la confianza de Ali Bey, acelerando los hechos y procurando que el comandante turco la hiciese partícipe de sus secretos. Una vez adquiridas por ella las pruebas de que Ali Bey traicionaba a Alemania, su misión habría terminado y quedaría libre para vivir su novela de amor con la emoción de un pasado intenso y fuera de toda suerte de temores.

La jugada era maestra, magistral. Y tras ella la sonrisa del amor y de la patria estarían juntas. Una

patria agradecida y un amor al que no habría ya que perder.

Beall protestaría por su detención, pero cuando ella le contase la verdad, acallaría sus dudas. Y los

dos marcharían a los Estados Unidos a consagrar su existencia para sí, con un egoísmo natural, después de haberla casi sacrificado por los demás.

* * *

Von Sturm se dirigió a visitar a Ali Bey que le recibió con exquisita cortesía.

—Siéntese usted, señor. ¿Qué tal el viaje?

—Magnífico, Excelencia—dijo a tiempo que le observaba fijamente.

—Sé que está Vucencia muy ocupado y comprendo que mi inesperada llegada puede entorpecer sus quehaceres...

—No. De ninguna manera.

—Vucencia es muy amable.

Ali Bey le ofreció un cigarro.

—Gracias. Y de todos modos prefiero esperar hasta mañana para tratar del importante asunto que aquí me ha traído. ¿Qué hora sería más conveniente para Vucencia?

—¿A las diez de la mañana?

—A las diez estaré aquí. ¡Ah,

ahora que recuerdo! Me he enterado de que Su Excelencia cenó anoche con cierta mujer cuyo nombre es Helene Bolhan.

Ali Bey se mantuvo impasible. Máscara oriental, nadie podría descubrir lo que se agitaba bajo su frente.

—¡Sí!

Von Sturm prosiguió con cierto aire confidencial:

—Hace unos momentos que acabo de hacerle una breve visita... Y confidencialmente le digo que estoy convencido de que es una espía inglesa...

Ali Bey sonrió y respondió con la mayor naturalidad del mundo:

—¡No! Esto es muy singular. Confidencialmente, von Sturm. Mi primera impresión fué de que procedía de la oficina de información

alemana. Cuando en realidad sólo se trata, según mis informes, de la hermosísima y célebre "Mademoiselle Doctor".

Dió von Sturm unas rápidas chupadas a su cigarro para disimular su turbación. ¿Cómo conocía la verdad aquel hombre? Si era así, no habría modo de que Ana María saliera bien de aquel trance y difícilmente sacaría nunca a Ali Bey la confesión de la verdad. Era preciso desvanecer, pues, aquella creencia. Y echándose a reír contestó:

—Muy gracioso, mucho. Bueno. Si bien es verdad que la señorita doctor está en Constantinopla con una importante misión, yo puedo asegurar a Su Excelencia... que fué ella misma quien me insinuó que

Helene Bolhan... debe de ser una espía inglesa.

Ali Bey a pesar de su habilidad cayó en el anzuelo.

—¡Muy interesante!

—Es sólo una sospecha de la que debía enterar a Vucencia.

—¡Agradecido!

Von Sturm se levantó y le brindó la mano.

—¿A las diez entonces?

—A las diez en punto.

—¡Gracias!

Marchó von Sturm. Ali Bey quedó pensativo. Una espía inglesa... ¡Magnífico! Había temido que se tratara de la famosa "Mademoiselle Doctor"... pero siendo lo contrario... la vida tenía un doble interés encantador para él.

* * *

Ameel anunció por la noche a Ali Bey:

—Excelencia, está esperando Madame.

Dió Ali Bey una postrer mirada al cuarto cubierto de tapices, lleno

de divanes, que ponían combinaciones de color, a cual más magnífica y bella. Unos pebeteros alzaban al cielo su incienso pagano. Lejana sonaba una música lenta, delicada...

Ana María apareció en el um-

bral... Ali Bey la encontraba cada vez más fascinadora que antes... o era que su amor, su pasión aumentaba a cada nueva entrevista.

—Señora — dijo besando apasionadamente sus dos manos—. ¡Tan puntual como hermosa!...

Ana María se quitó los guantes y suplicó mientras le miraba tierna, angustiosamente:

—Excelencia, tengo algo muy importante que hablar con usted... Usted puede prestarme un gran servicio...

—Si puedo... concedido.

Ana María hizo un mohín de dolor. Comenzaba su plan.

—Al hombre que amo... le han hecho prisionero como espía inglés.

—¿El norteamericano?

—Sí... Y esta misma noche va a ser fusilado.

Sin poderlo evitar, sintió una maligna alegría, que ocultó rápidamente.

—¡Ah! ¡Ya!

—Usted puede salvarle — suplicó con una perfección absoluta del dolor—. Siempre ha tratado de demostrarme sus simpatías... Si yo significo algo para usted... si usted tiene deseos de complacerme... sálvelo... por favor...

Y unas lágrimas coronaron la petición.

—Conspiraba contra mi país — indicó Ali Bey.

Ella, prosiguiendo su proyecto de captarse la confianza del comandante, suplicó de nuevo:

—Estoy dispuesta a todo... ¡A todo, por salvarle!

—No puedo dar a usted grandes esperanzas... pero aguarde un momento.

Salió al corredor. Una satisfacción íntima surgía del corazón a sus labios. ¡Ah, con qué facilidad iba a librarse de aquel secretario al que consideraba su rival! Lo haría desaparecer, pasara lo que pasara.

Llamó a su ayudante.

—¿Sabe usted algo de un norteamericano que ha de ser fusilado esta noche como espía?

—Sí, Excelencia... El norteamericano que llegó en compañía de madame Bohlan.

—¿Cómo no se me ha enterado de esa detención?

—El oficio llegó hace un momento. Su Excelencia había dado órdenes de que no se le molestase.

—¿De qué se le acusa?

—Como espía inglés. Sus docu-

mentos son tan comprometedores que no dejan lugar a duda.

—¿Cuándo debe ser fusilado?

—Esta noche, Excelencia.

—Es necesario que se le fusile en seguida... En el patio.

—Bien, Excelencia.

—Nada más.

Volvió al lado de Ana María. Iba a acabar de una vez, con la vida de aquel rival... que quizás podría ser un estorbo a sus propósitos de amor... Pero hábil, listo, quiso disimular ante la alemana.

—Lo lamento — le dijo a ésta que la esperaba con falsa nerviosidad—. ¡Es imposible hacer nada! Las pruebas contra él son tan abrumadoras que...

Ana María, maestra en el arte difícil del disimulo, se echó a llorar.

—¡Oh, querida! — exclamó el comandante besando sus manos—. Comprendo su dolor en este trance.

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

—Le aseguro a usted que yo nada tengo que ver en este asunto. Yo no he tenido noticia alguna de ello hasta que usted me lo ha comunicado... ¿Vamos... es justo que usted... cargue sobre mí una sentencia de la que no soy autor?

Ana María seguía llorando amargamente.

—¡Lo quiero tanto!

Alí Bey frunció los labios.

—Ya lo sé... Lo sé desde el momento que empezó... nuestra amistad.

—Quise apartarle de mí... Vine aquí con muy distinta misión... pero no pude evitarlo.

—¡Lo comprendo! — exclamó con una ternura, llena, en el fondo, de ironía—. Como también comprendo que no hay nada más horrible en el mundo que ver camino de la muerte a la persona que amamos... y no poder hacer nada para salvarla.

Ella calló y Alí Bey, que dudaba todavía sobre la personalidad de aquella mujer, deslizó esta frase:

—Si fuera usted siquiera un agente alemán...

Pestañeó inquieta.

—¿Qué significa?

—Oiga. La célebre "Mademoiselle Doctor" se encuentra en Constantinopla en estos momentos... Una sola palabra suya bastaría para salvar a ese hombre... ¡Qué suerte tan grande sería para su protegido el que fuese usted "Mademoiselle Doctor"!

Ana María tuvo que esforzarse por no sonreír... Había llevado a Alí Bey adonde ella creía, al límite de la confianza. El se haría este razonamiento... "Si fueras realmente "Mademoiselle Doctor" salvarías al hombre amado... Desde el momento que no le salvas, desde el instante en que consientes que sea fusilado, no hay duda de que nada tienes que ver con la célebre espía alemana..." Ello daba a Alí Bey una amplia tranquilidad de espíritu para obrar en lo sucesivo y adquirir mayor confianza en aquella mujer.

—¡Ah, si yo lo fuera! — se lamentó.

Oyeron de pronto el avance de un piquete de soldados bajo el redoble de un tambor.

Ana María se estremeció y Alí Bey con una sonrisa enigmática, dijo:

—Debe de ser que traen al norteamericano para fusilarle.

Ana María, aunque sabía que no era Beall la víctima, se estremeció ante la idea de que fuera a morir otro hombre y quiso de veras, con toda la sinceridad de su corazón, interceder por él.

—Usted tiene que impedirlo. ¡Sea usted compasivo!

—Imposible. Es un espía... y como espía tiene que morir.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Se había acercado a la ventana... Oyeron voces...

—Media vuelta... ¡Alto!... ¡Carguen!

Ana María, mujer, al fin y al cabo, a pesar del ímpetu de la guerra, sintió una oleada de compasión. Aunque aquel francés al que iban a matar era un verdadero espía, lamentaba su muerte y volvió a pedir con lágrimas verdaderas en los ojos:

—Excelencia. ¡Sálvelo!

—¡No puede ser!... ¡Lo siento!

Una descarga cerrada atronó los aires y Ana María se dejó caer en un diván llorando amargamente.

—¡Pobre! ¡Pobre!

—Lo siento de veras — dijo él con imperturbable serenidad—. Hay que tener valor.

Ana María levantó la cabeza... Desgraciadamente la guerra era así... Al fin y al cabo era un espía al servicio de los aliados y merecía la muerte... Era la dura ley de la campaña. Si algún día a ella la detenían los aliados la condenarían también como a Mata-Hari. Había, pues, que revestirse de valor...

Beall estaba, mientras, en salvo. Y Alí Bey estaba convencido de que no trataba con ninguna alemana, pues de serlo, habría conseguido, como él le prometiera, el ansiado perdón...

Alzó la cabeza y miró ya más serenamente al comandante... Era preciso descubrir de una vez si este hombre, como ella sospechaba, tenía tratos con los ingleses.

—Veré de tener valor — dijo—. No debo olvidar mi misión... Esto es lo más importante... mi negocio... mi negocio con usted... ¿No es cierto?

Alí Bey ya no dudó de que tenía ante sí una espía inglesa. .

—Exactamente... Usted dirá, K. 6, ¿no?

—La misma... enviada por Londres... — dijo con otro tono de voz, frío, metálico y como olvidando por completo la tragedia de momentos antes, lo que hizo admirar de veras a Alí Bey—. Nos interesa saber la situación en que se encuentran las minas submarinas que defienden el Estrecho.

Alí Bey la miró de modo penetrante.

—¿Y las condiciones?

—Cien mil libras esterlinas de-

positadas en un cuenta corriente abierta en el Banco de Inglaterra... con un nombre que se convenga mutuamente.

Confianto ciegamente en aquella mujer—Alí Bey había tratado ya con otros emisarios—, le respondió:

—Con el nombre de Alvin Day.

—Bien. Alvin Day. Y si los ingleses toman Stambul... habrá todavía otras doscientas mil libras.

Alí Bey sonrió. Era hombre ambicioso... ¿Qué le importaba su patria ante aquel caudal de dinero?

—La oferta me satisface plenamente... ¿Y de qué medios he de valerme?

—¿Tiene usted una pluma?

—Sí.

Ella sacó un frasquito de tinta. Era tinta invisible... Comprendió Alí Bey.

—Veo que es usted prevenida y no olvida detalle.

—¡Tengo que serlo!... ¿Usted está conforme en que el último pago se haga... cuando la rendición sea total?

—Ya estaba convenido.

—Bien, entonces.

Desabrochóse el vestido y dejó

ver la magnificencia de su espalda desnuda.

Los ojos de él tuvieron una chispa de lujuria.

—Es usted muy hermosa.

—En estos momentos sobran las galanterías — contestó con frialdad—. Escriba usted sobre mi piel con toda claridad las defensas submarinas y terrestres.

—Ahora mismo.

Comprendió que era imposible aquella noche de amor soñada... Se trataba de negocio... de no perder tiempo... de dinero que iba a hacerle rico... Y pleno de ambición olvidó su impetu carnal para pensar en el interés.

Mientras escribía febrilmente la situación militar sobre aquella piel blanca que absorbía inmediatamente la tinta, ella dijo con cierta severidad:

—Me convendría poder atravesar la frontera hoy mismo.

—Haré que la escolten hasta allá.

—En época normal sería suficiente. Pero ahora von Sturm, jefe de la oficina de contraespionaje alemán, se encuentra aquí.

—Ya lo sé. Me ha visitado.

—Es posible que me haya visto entrar.

—¡Oh, no se preocupe usted por eso!... ¡Sabremos engañarle!

—No le conoce usted bien... Es un zorro muy astuto... Si me viera salir escoltada por alguien, confirmaría las sospechas que de mí tiene... Lo mejor sería detenerle o citarle lejos de la ciudadela para que no me viera salir.

—Es muy sencillo... Le rogaré que venga a verme en seguida... Ya buscaré un pretexto para detenerle... mientras usted pasa tranquilamente la frontera.

Ana María sonrió. De este modo se acababan de realizar sus proyectos. Hacer venir a von Sturm para detener infraganti a Alí Bey.

El comandante llamó a su secretario y le dijo:

—Ameel... Vea usted si von Sturm se encuentra en la ciudadela... y dígame que venga a verme en seguida.

—Bien, señor.

—Es preciso que no me vea salir.

Alí Bey, mientras acababa de trazar números y signos sobre la maravillosa espalda blanca, dijo:

—¡Ah, yo esperaba que fuesen otra clase de relaciones las que nos unieran!... Usted cree ahora firmemente que no volverá a enamorarse... pero acaso con el tiempo...

cuando termine la guerra...

—Puede ser...

Y sonrió, con esa sonrisa ambigua que sin ser una afirmación deja camino a la esperanza...

* * *

El secretario se presentó poco después.

—Excelencia, von Sturm ha llegado.

—Que espere un momento — dijo Alí Bey.

Y continuando febrilmente su trabajo, añadió mirando a Ana María.

—La guerra ha de terminar algún día... y entonces usted y yo...

—Entonces nos veremos... Le cito ya para el... Banco de Inglaterra, ¿no le parece?

Rieron los dos.

—No creía nunca que tuviera usted ideas tan prácticas... Pero, ¡ea! Ya está.

Ella se abrochó suavemente. La victoria ponía brillo en sus ojos. Aquel hombre ya era suyo... Había acabado su misión.

—Sus compatriotas pueden con-

siderarse, desde este momento, dueños de Sambul... Y cuando volvamos a encontrarnos... espero ser más afortunado en amor — dijo Alí Bey.

—¿Por qué no?

Alí Bey llamó a un criado.

—Ordenanza... Acompañe a la señora hasta el auto y dígame al chofer que la conduzca adonde ella le indique.

—¡Adiós, Excelencia!

—¡Oh! adiós, no... ¡Au revoir!

—¡Au revoir!

Salieron ella y el ordenanza por una puerta lateral, y Alí Bey, contrariado íntimamente y contento a la vez, dijo a su ayudante:

—Que pase von Sturm.

Pero von Sturm no entró solo, sino que con él irrumpieron en la estancia varios oficiales y un general, todos con un aire de poca tranquili-

dad y cortesía, abriéndose paso a la fuerza.

Alí Bey palideció levemente ante aquel aparato de guerra y encaróse con energía con von Sturm.

—¿Qué significa todo ésto?

Von Sturm sonrió.

—Su encantadora visitante es uno de mis agentes, Excelencia... Habíamos convenido en que yo viniese aquí esta tarde...

El comandante turco no quiso creer en aquella traición.

—¡Señores! ¡Esto me parece una indignidad!

El general avanzó hacia él.

—Es para mí un penoso deber, Excelencia, comunicarle que desde este momento se considere detenido.

—Pero...

—Von Sturm acaba de presentar una grave denuncia contra su Excelencia.

Alí Bey frunció el ceño.

—¿Cuál es la denuncia?

Von Sturm le miró fijamente y midió las palabras.

—¡Alta traición!

—Eso es absurdo.

—Quizás me sea posible aclarar aquí mismo algunas cosas... Un momento — dijo von Sturm.

Y a poco volvió a entrar acompañado de Ana María, altiva, retadora, sonriente, imagen de la espía triunfal, que había suspendido su marcha para poder acusar.

—Veamos — siguió diciendo von Sturm—. Necesito las pruebas que me prometió, madame.

Alí Bey comenzaba a temer... El gesto de aquella mujer no era el de una detenida, sino la de una criatura vencedora en la batalla. ¿Es que realmente habría sido traicionado? ¡Oh, era imposible! ¡No podía en el mundo disimularse tan bien!

Pero ante el asombro de él, Ana María dejó ver otra vez su espalda desnuda, blanca, que parecía inmaculada.

—¿Es aquí? — dijo von Sturm.

Ella contestó con serenidad rehuyendo la mirada furiosa de Alí Bey.

—Sí.

—Gracias.

Todo aquello le parecía imposible, absurdo a Alí Bey... Todavía no creyó, a pesar de lo que estaba viendo, en la traición de aquella mujer.

Sereno, tranquilo, dijo aún mientras von Sturm pasaba un líquido

sobre la espalda soberana de Ana María:

—Según parece, para probar sus denuncias, von Sturm tiene que valerse... del novísimo procedimiento de la Magia Negra.

—La única magia relacionada con esto es la velocidad con que se revela el clisé.

Poco a poco fueron apareciendo sobre la espalda los negros caracteres escritos por Ali Bey.

Ana María sonreía con un gesto de diabólico triunfo... Sintió Ali Bey un furor que le abrasaba las venas... ¡La miserable!... Ahora se daba cuenta de que no era otra que "Mademoiselle Doctor".

Von Sturm leyó lo escrito.

—¡Hum, hum!... Temo que la pasión de su Excelencia por la literatura haya sido la causa de su ruina... ¡Ya! Conque la situación de los fuertes y las minas... ¿no?... Nos enorgullece comprobar la denuncia con este valiosísimo documento.

Calcaron el escrito en un papel. Ali Bey estaba anonadado y bajó la cabeza cuando el general, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Su Excelencia deberá estar dispuesto para comparecer mañana ante el consejo de guerra.

Ali Bey no pudo más. Miró con desprecio infinito, con una repulsión inaudita a la mujer que tan finamente se había burlado de él... Sus palabras estaban henchidas de veneno.

—He tratado en mi vida con mujeres de todas clases... —le dijo— mujeres hipócritas... mujeres viles... mujeres falsas... pero no he conocido a ninguna tan despreciable como usted.

Ella sonrió levemente.

—Muchas gracias.

—¡Malvada! ¡Miserable "Mademoiselle Doctor"!... Una mujer no es capaz de enviar a su amante a la muerte... cuando con una sola palabra puede salvarle... ¡Usted no lo hizo!... ¡Usted es un monstruo!

—Está completamente equivocado, Excelencia... No fué el fusilamiento de Douglas Beall, el americano, el que presenciamos desde aquí...

—¿Qué dice usted? ¿Qué nueva mentira está urdiendo?

—Dígale usted la verdad, von Sturm.

Pero von Sturm guardó silencio

y todos quedaron atónitos escuchando a Ana María:

—Vamos... Dígale que sustituyó usted con Graussin, el francés... a Douglas Beall, como usted me prometió.

Von Sturm pareció inquietarse y luego dijo en una actitud de dolorosa humildad:

—No pude... Lo lamento. ¡Me fué imposible!

—¿Que no pudo?... ¿que fué imposible?... Entonces... él... él... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y se dejó caer en un sillón, horrorizada, llorando amargamente, sintiendo en su alma el dolor inmenso de haber dado muerte a lo que amaba más que a su propia vida: al hombre que era para ella la ilusión, el mañana, la juventud, la promesa reidora y feliz de días venturosos... lo que nunca había podido soñar... Y ella... ella... loca-

mente... por un plan audaz... había sacrificado a ese hombre.

Ali Bey se volvió hacia los militares y dijo, sin querer ahondar más en aquel dolor sin consuelo:

—Señores. ¡A sus órdenes!

Todos salieron de allí, pero antes von Sturm, con una mirada compungida, dijo a la joven:

—Volveré dentro de poco... Aguárdeme.

Ana María tenía que ahogar los gritos que pugnaban por subir a su garganta en un trágico resoplar...

¡Pobre Beall, al que ella, para retener a su lado, había dado la muerte!

¡Miserable von Sturm, miserable oficio de espía, miserable guerra, polvo y nada ante el amor!

No habría ya para ella piedad, ni vida, ni alegría... sólo llanto, pena, lúgubre sonar de campanas en el corazón... voz del remordimiento que le diría siempre: Tú... tú...

* * *

Uno de los oficiales, buen caballero, conmovido ante el dolor de Ana María, preguntó a von Sturm, que mantenía la frialdad de quien está familiarizado con la muerte:

—¿Por qué no salvó usted a ese

muchacho?... ¡Si hubiese usted hablado conmigo!... Yo lo hubiera arreglado todo.

Von Sturm sonrió.

—Es que... lo he salvado.

—¿Cómo?

—Sí. Ha intervenido el cónsul americano... En este momento, y sin duda alguna en contra de su voluntad, el joven Beall va navegando sobre las aguas del Bósforo... en un vapor griego.

—Entonces... ¿cómo le ha dicho usted a ella?

—Yo tenía el temor, Excelencia, de que "Mademoiselle Doctor" es-

tuviese realmente enamorada de ese hombre... Tenemos gran trabajo para ella. Sabemos por desgraciada experiencia que cuando un espía se enamora, pierde totalmente su eficacia... Sin embargo, no se preocupe vuestra Excelencia por ella... Es una gran patriota... una mujer fuerte... Seguirá trabajando.

—Ya entiendo, von Sturm. El éxito de sus trabajos será conocido por el Alto Mando... Yo se lo prometo.

—¡Gracias, Excelencia!

—Hasta la vista, von Sturm.

—A sus órdenes.

* * *

Von Sturm volvió al despacho donde Ana María había cesado de llorar, pero tenía la mirada fija, hipnótica, en aquel lugar de la ventana desde donde había oído los siniestros disparos.

Avanzó hacia ella y acarició sus manos, pero Ana María permaneció insensible, el alma lejana, ausente...

—Querida "Mademoiselle Doctor" — le dijo él en el tono más amable del mundo—. Francamente... no acierto a expresar lo mucho

que lamento lo que ha ocurrido... Yo le aseguro que no pude evitarlo... Ahora que... como la mejor manera de olvidar es comenzar un nuevo trabajo, yo ya tengo para usted uno muy importante... muy importante... En Petrogrado, ¿sabe?

Sentía casi piedad por ella, pero la patria le había obligado a obrar así. Además el joven estaba en salvo, pero ésto no podía decírselo a Ana María que quizás se empearía en seguirle, en averiguar su

paradero en detrimento de sus servicios de espía...

—¿Ha entendido, señorita Doctor?

Movió la cabeza con un gesto vago, extraño.

—Es un asunto que puede traer muchas complicaciones, para el cual hace falta sumo tacto... En fin, hasta la noche, en la estación.

Ana María parecía un autómeta. Sus palabras tenían un eco extraño, una misteriosa melopea... Los ojos miraban fijos, a lo alto.

—En la estación — repitió—. Está bien... Nos despediremos en la estación... Si no quiere decirme adiós aquí.

—Claro que iré a despedirla — dijo un poco inquieto de la incoherencia de aquellas frases.

—No... no ha sido... el adiós de un día... sino el adiós eterno... el adiós para siempre...

—Vamos, no delire... vuelva usted en sí, señorita Doctor... Millo-

nes de mujeres se encuentran en su caso... Después de todo, la guerra es la guerra.

Pero ella, con lentitud, extendiendo los brazos, los ojos brillantes, lívido el rostro, gritó:

—Yo sé bien... lo que es la guerra... ametrallar o ser ametrallado... matar o morir, pero no utilizar a las mujeres como armas... Sí... la guerra... ¡Ja, ja, ja! La guerra...

Reía de un modo escalofriante, esa risa que surge rota de las cenizas de la lucidez.

—¡Ana María!

—¡Ja, ja, ja! La guerra... La guerra... ¡Quiero ver a Beall donde haya un monasterio... donde haya un monasterio!

Von Sturm miró asustado a sus oficiales y contestó:

—La infeliz ha perdido la razón.

Y entre un silencio imponente la risa de ella era una música cruel, de espanto y muerte.

* * *

Meses... muchos meses pasaron... ras iban apaciguando poco a poco su espíritu enfermo y triste.

—Vendrá algún día... El ha de venir algún día — decía.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

En todo raciocinaba bien... en todo menos en aquello. No podía creer en que Douglas Beall hubiese muerto... Le creía vagando por los mundos en un ansia loca de buscarla a ella.

Las monjas respetaban su dolor y cada atardecer tenían que apartarla de la reja donde ella aguardaba impaciente la llegada del sacrificado.

—Mañana vendrá — decía.

Y tejía diariamente en el jardín de su corazón la rosa de la esperanza... que era violeta al atardecer... y siempre viva por la noche...

Pero... una tarde... Era primavera... La guerra había terminado. El mundo respiraba por primera vez el perfume divino de la paz... Ya los hoyos de la muerte estaban cerrados... Ya la vida volvía a cantar su canción fresca de mundo nuevo...

Una tarde... Primavera... Un automóvil se detuvo ante el internado y Douglas Beall descendió de él...

Ana María dió un grito, un grito inmenso, como si se le partiera el corazón.

—Beall... Al fin... al fin... Ya decía yo que vendría...

—¡Amor mío! —decía él llenando de besos sus manos a través de las rejas.

Acudió una monja.

—Hermana... ¿quiere usted abrir?

Una hermanita abrió la puerta de par en par... En los ojos de Ana María relucía el brillo del amor sensato, nuevo y puro... El la abrazó con delirio y sintió sobre su rostro la humedad de unas lágrimas.

La monja se enternece también.

—Trátela con cuidado... Ha sufrido tanto...

—Ya lo sé... Ya lo sé... Pero... ahora...

—Ahora se curará en seguida— aseguró la monjita.

Ana María se desvanecía en sus brazos.

—Tanto como te he aguardado... mi amor... mi vida... tanto como te esperé...

—Recorrí el mundo entero buscándote, Ana María... Y al fin te hallé...

—Beall... Beall... nunca dudé de que volverías.

Y se besaron ante la buena monja que alzaba los ojos al cielo y daba gracias a Dios por el milagro.

FIN

E. B.

Precio: Una peseta